

El ensayo. Domingo F. Sarmiento

Susana Zanetti y Margarita B. Pontieri

Sarmiento y su generación. —

Cuando irrumpe en la vida intelectual argentina el ideario de la generación de 1837 se inicia un ciclo que se prolonga hasta 1880, año en que concluye el período del último de los tres primeros presidentes constitucionales de la nación unificada, cuya obra conjunta no fue sino la concreción de la política postulada por aquel movimiento inicial.

Esta afirmación, sin duda objetiva, inscribe a Sarmiento dentro del ámbito de la llamada generación de 1837. En su ciudad natal, el joven Sarmiento adhirió a la Sociedad Literaria, filial de la porteña Asociación de Mayo, fundada por jóvenes sanjuaninos (Aberastain, Quiroga, Rosas, Villafañe y Rodríguez), todos en comunicación con Echeverría. J. M. Gutiérrez, Alberdi y V. F. López. Opinan como los porteños —y Sarmiento comparte esta opinión— que han de continuar la tradición de 1810, que inaugura la vida nacional. También ellos reflexionan sobre la hasta entonces ignorada realidad social argentina, discriminando lo político de lo social, según la visión que difundían las doctrinas sociológicas llegadas de Francia. Sarmiento recibe también el influjo del romanticismo francés. Es evidente el historicismo de sus obras. Sin embargo, entre el sanjuanino y los hombres del 37 —porteños y provincianos— existen innegables diferencias más implícitas que expresas.

El romanticismo de Sarmiento es más espontáneo, más esencial, más demostrado en la acción que el de sus maestros porteños, preocupados por una línea de conducta —Echeverría en particular— que se amoldaba a los principios de sus autores consagrados. Pero además, el romanticismo sarmientino proviene más de una convergencia con el contenido romántico que de una adhesión teórica a lo que podría considerarse las últimas novedades. La lectura hecha por Sarmiento de aquellos teó-

ricos —Lerminier, Guizot, Cousin, Tocqueville y “el más alto metafísico de Europa”, Pierre Leroux— produce en él un modo de captar la realidad histórica que también lo distancia, en particular de Echeverría y de Alberdi. La realidad histórica ha de estar vinculada a una idea del progreso continuo, cuyo objetivo parece darse en el propio transcurrir. Es el progreso que conlleva la historia humana por la misma dignidad del hombre. Así, este progreso se identifica en Sarmiento con el proceso histórico de aquí y de este momento: una concepción impensable en Echeverría o Alberdi, preocupados antes por la meta que por el tránsito; uno, bajo el influjo de la concepción sansimoniana de una historia de períodos críticos, el otro, dominado por la ansiedad de construir un sistema de verdades rígidas adaptadas a una realidad social cambiante.

Diferencias muy notorias surgen al considerar la propia condición. Sarmiento es provinciano pobre, conoce por experiencia la decadencia económica del Interior —no deja de referirlo en sus obras— y es un autodidacta, condiciones que provocan un desajuste entrañable con los restantes miembros de su generación, sentidas como un cierto sino ante el cual se yergue, “ejemplar”, “ciclópeo”, “genial” —así se vio, así no pudieron dejar de verlo sus contemporáneos para la caricatura o la broma tanto como para la admiración y el comienzo de concreción de un mito. Y es más. Así lo han seguido viendo hasta el presente importantes escritores e intelectuales argentinos, como un modelo ya inalcanzable —otras son las posibilidades del escritor, otras las circunstancias históricas—. Pensamos simplemente en Lugones, Martínez Estrada y aún en Viñas.

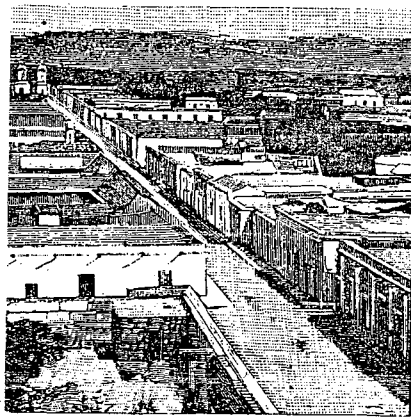
Estas condiciones, la peculiaridad de su formación tanto como aspectos muy marcados de su personalidad se relacionan con un cierto desaco-



Paula Albarracín de Sarmiento. Oleo de Eugenia Belín Sarmiento



Casa natal de Sarmiento en San Juan



Vista panorámica de la ciudad de San Juan a mediados del siglo XIX

modo dentro del grupo del 37 y de sus sucesores, nunca resuelto. Es evidente su reserva, su distancia en el vínculo con Echeverría, con Mitre, con Alberdi; es evidente su sentimiento de frustración cuando parecen concretarse sus proyectos para la Nación, es evidente también su aislamiento en la etapa roquista.

Respecto de esto último conviene anotar que es Sarmiento el único entre todos los estadistas posteriores a Caseros que, si bien aspira como ellos a construir una nación organizada, tiene como modelo una nación de agricultores dueños de la tierra, paralelo de una imagen norteamericana que lo ha deslumbrado y que, según él, es modelo de riqueza distribuida y de tierras para todos, una nación que identifica la virtud con el desahogo económico, una nación que sobrepone el bienestar general y la expansión nacional a los intereses sectoriales.

Otra diferencia, fundamental para nuestro propósito, proviene de la escritura sarmientina. Es cierto que caracteriza a los románticos del 37 la función de lucha que dan a sus textos. Sin embargo, no a todos sus textos: muchos de ellos escriben poesías, relatos, novelas, cuyo significado roza o de algún modo incluye esa preocupación, pero no las articula. En cambio, no existe prácticamente un texto de Sarmiento que no surja como respuesta militante ante una situación, para rebatir una idea, para lanzar otras: "Soldado, con la pluma o la espada, combate para escribir, que escribir es pensar...", dice en *Campaña en el Ejército Grande*. Sus compañeros de generación dejaron casi todos ellos páginas autobiográficas a veces apenas recubiertas por los procedimientos de la ficción (pensamos en "Cartas a un amigo" de Echeverría, por ejemplo), a veces reveladoras de una cierta experiencia de vida (podríamos aludir a *Mi vida privada*, de Alberdi). La particularidad de Sarmiento es que todos sus textos

son autobiográficos, entendiendo esto en el sentido de que siempre la vertiente aludida de su escritura parece sobreimprimirse esta obra, la del sujeto que la hace posible, con su historia, sus pasiones, sus defectos, sus tirrias, sus apatencias, sus carencias, sus mitos sobre sí mismo.

Vida y personalidad de Sarmiento. La etapa de formación.

Faustino Valentín Sarmiento, conocido por el nombre que asumió en homenaje al santo de la familia —esto es, Domingo Faustino—, nació el 15 de febrero de 1811 en la provincia cuyana de San Juan. No ha transcurrido un año desde la fecha en que culminó el movimiento revolucionario contra la metrópoli española. San Juan, por aquel entonces la ciudad más importante de la región andina, se ha plegado al movimiento con cierto fervor. De él espera mucho. Adosada a los picos de la cordillera, sin estar aislada de la llanura litoral por impedimentos de altura, San Juan posee el valle del Zonda, verdadero oasis dedicado a cultivos de regadío que se remontan a tiempos prehispánicos. La provincia tuvo un pasado más importante que Mendoza. Centro productor de vino y aguardiente, conoció abundancia y prosperidad antes de la implantación del libre comercio en 1778. Su posición geográfica, al margen de las grandes rutas hacia los centros consumidores, encarecía el transporte; aquella distancia, sin embargo, gracias al arreo de mulas, no impidió el comercio. Pero en 1778 la apertura económica provocó tal derrumbe de precios, que se desarticula la producción sanjuanina. El tráfico se reduce a un mínimo limitado a los propios cosechadores que recorren los centros de consumo acompañados por sus arrieros. Sin otros recursos que una huerta aún no expandida, San Juan decae irreparablemente, por una coyuntura adversa. La vida local, dominada

por la decadencia económica, mantiene el prestigio de la antigua aristocracia viñatera y comerciante, cada vez menos rica y menos vigorosa. Sarmiento cuenta en *Recuerdos de provincia* la vieja costumbre de ricos de secar al sol las monedas doradas y plateadas, costumbre que se ha transformado ahora en anécdota. San Juan espera entonces, expectante, las medidas que le devolverán la prosperidad perdida.

En aquel medio y en esa coyuntura se inicia la vida de Sarmiento. Su familia es pobre. Con todo, por su padre, José Clemente, y por su madre, Paula Albarracín, está vinculada a cuanto hay de más representativo en la ciudad de San Juan; y Sarmiento no dejará de señalarlo.

El padre es arriero de mulas o peón ocasional y ha de ser fervoroso revolucionario y soldado de la Independencia. Pero es un padre ausente que poco gravita en el hogar. La figura de la madre, mujer fuerte y emprendedora, se impone en la casa.

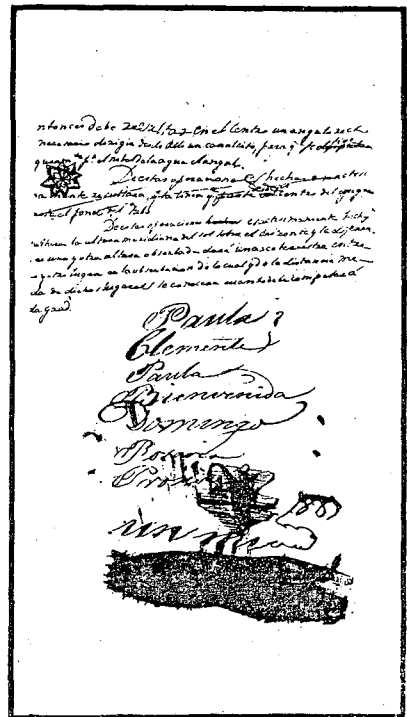
Hija de un hombre que ha perdido sus tierras, huérfana a los 23 años, Paula se entrega al trabajo y con el producto del telar construye el hogar de los hijos. De ellos sobreviven seis, cuatro mujeres y dos varones —de éstos muere uno a los once años—. Domingo crece en un hogar dominado por el influjo materno. Durante toda su vida mantendrá vívido el recuerdo de aquel ambiente y de aquella mujer a quien celebró en páginas memorables. En *Recuerdos* recreó el hogar, de cuya responsabilidad se hizo cargo muy joven. Fue un niño precoz. A los cinco años asiste a la recién creada Escuela de la Patria —iniciativa del gobierno de Buenos Aires que procuraba así reemplazar alguna otra de resabios coloniales—. Será la única que conoce Sarmiento y en ella pasa nueve años. Allí se inicia en las letras elementales y conoce un tratamiento igualitario que ignora la jerarquización de la sociedad sanjuanina. Sus méritos lo convierten en

el primer ciudadano de la escuela. Es ya un fervoroso lector.

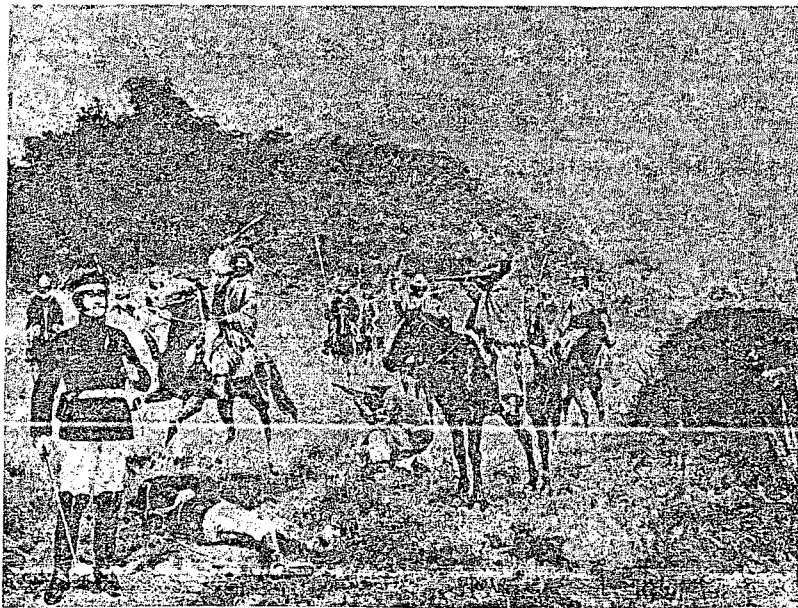
Por la pobreza, por la mala suerte, no puede cursar otros estudios regulares. Se hace cargo de ellos su tío, el prebistero José de Oro. Por entonces, ya adolescente, conoce Sarmiento una primera contingencia derivada de la política. Un hijo de la más rica familia sanjuanina, Salvador María Del Carril, inicia una gobernación que pretende modificar, mediante una constitución liberal y progresista, las viejas tradiciones colonialistas; entre ellas, los problemas del culto. La familia de Sarmiento es federal, inclinada hacia la tradicional devoción de los "federales". Oro, que se ha exhibido contra las reformas eclesiásticas, ha de desterrarse en 1825, acompañado por su discípulo de quince años. Se instalan ambos en San Francisco del Monte, en San Luis. Allí Sarmiento funda su primer escuelita, donde es a un tiempo maestro y discípulo.

En tanto, el proceso político señala el avance de la tendencia federal en el Interior y los caudillos, aliados mediante un pacto, desencadenan la guerra civil que acabará finalmente con los gobiernos unitarios. En San Juan, las milicias del caudillo de los Llanos riojanos reinstalan a los adversarios de Del Carril. Sarmiento ha vuelto a la ciudad y surgen en él las primeras dudas acerca del federalismo. Lo ha visto intransigente, fanático y algo que ya considera mucho peor: regresivo.

Dependiente en la tienda de un pariente, lee cuanto libro le cae en manos. Le impresiona *La vida de Cicerón* de Middleton, y la lectura de la vida de Franklin lo lleva a consustanciarse con él, a quien califica de un Plutarco adaptado a los tiempos nuevos. Lee también muy atentamente la Biblia, que le proporciona un testimonio siempre presente en sus escritos. (En 1828 se enfrenta por primera vez al gobierno federal: no acata un ordenamiento militar y, al año siguiente, tam-



Página de uno de los cuadernos usados por Sarmiento en la escuela primaria



Apresamiento del General Paz (dibujo de Fortuny)

bién por primera vez, contempla el paso de una montonera: es la milicia de Facundo que entra en la ciudad a paso de conquistador. Momento decisivo, así lo cuenta en *Recuerdos de provincia*: "Los caballos briosos y acaso más domesticados que sus caballeros se espantaban de aquellos ruidos y encuentros extraños, y en calles sin empedrar veíamos los espectadores avanzar una nube de denso polvo, preñado de rumores, de gritos, de blasfemias y carcajadas, apareciendo de vez en cuando caras más empolvadas, aun entre greñas y harapos, casi sin cuerpos... Todo el mal de mi país se reveló de improviso entonces: ¡la barbarie! Yo había sido educado en familia que simpatizaba con la Federación y renegué de ella de improviso; y dos años más tarde entregaba la llave de la tienda para ceñir la espada en 1829 contra Quiroga, los Aldao y Rosas".

Así, declarándose unitario, adhiere al partido de las ciudades y, por el momento, a la defensa de los principios rivadavianos que postulan una democracia utópica, ilustrada y no devota.

Con el ardor propio de su carácter se entrega a las luchas de la guerra civil, sorteando con mayor o menor suerte las alternativas de un combate donde se ha jugado la última oportunidad unitaria. La captura de Paz en 1831 y el triunfo posterior de Quiroga al reconquistar las provincias andinas provocan el primer destierro de Sarmiento a Chile. Tiene veinte años. Allí permanece hasta 1836. Es sucesivamente maestro bodegonero, dependiente de comercio y capataz de minas de plata, trabajos, si no de penuria, sí de estrechez. Inicia el estudio de francés e inglés con alguna gramática y un diccionario. Más tarde habrá de ser el alemán; además, procura una mejor orientación de sus lecturas, que centra en temas sociales, de historia o de derecho.

De su relación con una joven chilena

lena de buena posición social, nace su hija Faustina, que lo acompañará durante toda su vida aunque Sarmiento no lo destaque en escrito alguno. La niña es enviada a San Juan, bajo la tutela de la abuela. El asesinato de Quiroga en 1835 modifica la tensión política del Interior. San Juan, gobernado por el federal Benavidez, antiguo condiscípulo de Sarmiento, recupera un ambiente más libre. Retorna entonces a la ciudad, seriamente enfermo. Muy pronto se vincula con jóvenes inquietos unitarios, imponiéndose entre ellos. Son ricos y de abolengo. Será éste el primero de una larga serie de triunfos personales, demostrativos sin duda de su capacidad y brillantez.

Colabora en la Sociedad Dramática Filarmónica. Aprende dibujo, suma idiomas e incluso versifica. En 1839 funda un colegio de señoritas y se inicia en el periodismo con *El Zonda*, ayudado en cierta forma por el gobierno: Redactado por un amigo, Quiroga Rosas, que ha vuelto de Buenos Aires, se inspira en *La Moda*, de Alberdi. El hebdomadario introduce en San Juan la nueva intelectual que ha cundido en el Plata: el espíritu de la Asociación de la Joven Argentina. Esto es, de aquella Asociación que Echeverría llamará más tarde de Mayo y que habría de nuclear la oposición contra Rosas. Por ahora la nueva generación se limita a promover la recuperación progresista del país, continuando la tradición del año 10 y apartándose de la tendencia racionalista e iluminista que informara al gobierno unitario de Rivadavia. Se aproximan a ella mediante una solución que procura indagar la verdadera identidad del país y de su pueblo, según el nuevo enfoque social suscitado por el romanticismo.

En este período (1836/1840), Sarmiento da forma acabada a una cierta definición intelectual propia. Sin desprenderse totalmente de un conocimiento derivado de enseñanzas re-

ligiosas compartidas o superpuestas al influjo de tendencias racionalmente progresistas —resultante de su paso por la Escuela de la Patria— suma a una característica individual, que podría calificarse como romántica, de acción vehemente e imaginativa, la determinante del romanticismo, de cuyas lecturas sociales es lector fervoroso. Sus autores proponen un sistema político liberal, no sin contradicciones. Convergen en la propuesta influencias heterogéneas: junto a la moderación de Guizot o de Cousin, el influjo más radical de Mazzini o de aquel proletario sansimoniano que dirige la famosa *Revue Encyclopédique*: Pierre Leroux. En todos ellos hay un elemento común y específico, el historicismo, el cual, por un lado, suele traducirse en un aspecto práctico que conduce a un liberalismo militante, y por el otro, como instrumento intelectual, tiende a la construcción de unidades de análisis —pueblo, raza o nación— en la que se rastrean las condicionantes sociales determinantes de costumbres y modos de vida. Sin embargo, Sarmiento no es un teórico ni lo será. De sus lecturas recoge un influjo que no siempre aplica. Es un autodidacta que rehúye una definición intelectual rígida: cuando se pretende definirlo escapa a la definición, presentando otra variable.

Aquel periódico semanal que se ocupaba de "costumbres, educación pública, cultivo de la morera, minas, literatura", tiene vida breve: termina con el encarcelamiento del director. Sarmiento enfrenta al gobernador, vuelve a Chile en los primeros meses de 1840, vuelve a su vez a San Juan, soporta la agresión de la montonera y en noviembre del mismo año, magullado, se refugia en Chile para un segundo y más prolongado destierro.

El exilio en Chile. — Inicia ahora una segunda etapa de su vida, caracterizada por una vigorosa labor in-



General Nazario Benavidez

EL ZONDA

(PERIÓDICO SEMANAL)

N.º 17

(PERIÓDICO DE SAN JUAN)

N.º 113 SAN JUAN, SABADO 20 DE JULIO DE 1840. (Año 1.º de publicación)

Dirigido por Nazario Benavidez y Juan Manuel Rosas.

El Zonda es un periódico que se publica en San Juan, Argentina, el sábado 20 de julio de 1840. El periódico fue fundado por Nazario Benavidez y Juan Manuel Rosas. El contenido del periódico incluye noticias, comentarios y artículos de opinión. El periódico es un ejemplo de la prensa periodística que surgió en San Juan durante el período de la Montonera.

El periódico se publica en San Juan, Argentina, el sábado 20 de julio de 1840. El periódico fue fundado por Nazario Benavidez y Juan Manuel Rosas. El contenido del periódico incluye noticias, comentarios y artículos de opinión. El periódico es un ejemplo de la prensa periodística que surgió en San Juan durante el período de la Montonera.

El periódico se publica en San Juan, Argentina, el sábado 20 de julio de 1840. El periódico fue fundado por Nazario Benavidez y Juan Manuel Rosas. El contenido del periódico incluye noticias, comentarios y artículos de opinión. El periódico es un ejemplo de la prensa periodística que surgió en San Juan durante el período de la Montonera.



Sarmiento en 1845. Oleo de Franklin Rawson

telectual, reflejo de una madurez temprana. Confirma su elección sanjuanina en cuanto a inserción profesional: el periodismo y la educación, y ambas están en la base de su escritura. Sarmiento se inicia en el periodismo no sin llamar la atención, tanto por la calidad del artículo como por la cuestión que trata. El comienzo tiene de peculiar el hecho de que aparece desde un autor oculto tras un seudónimo —“Un teniente de artillería de Chacabuco”—. Se vale de un recurso de la ficción, el de narrador protagonista que, rememorando la gesta del cruce de los Andes, de argentinos y chilenos, y de San Martín, su conductor (ahora en Boulogne-sur-Mer, donde “empeñaba los botones de su casaca y apuntaba en su libreta de pobre los remiendos de sus botas”), recrimina a sus compatriotas el injusto olvido. Titula el artículo “El 12 de febrero de 1817” y aparece en *El Mercurio* de Valparaíso el 11 de febrero de 1841, por recomendación de Lastarria. Sarmiento recuerda en 1844 la repercusión que tuvo: “El escrito hizo una gran sensación, por la novedad del estilo, por la audacia de la concepción puesto que increpaba a la nación su ingratitud para con los libertadores. Don Andrés Bello lo declaró irreprochable en cuanto a las formas y anunció de una revolución en las ideas políticas y en el gusto literario. Los hombres de Estado que dirigían la política después del asesinato de Portales, sin abandonar sus inspiraciones conservadoras, vieron en el autor todavía desconocido, un político de alta esfera y se apresuraron a buscar la procedencia del escrito y llamar a su autor, aún suponiéndolo extranjero, a dirigir o expresar la política del gobierno en la prensa”. A pesar de la conocida exageración sarmientina sobre sus propios actos, sus palabras encierran buena parte de verdad. Enseguida lo nombran redactor de *El Mercurio*, donde escribirá más de un año. Colabora

también en *El Nacional* y en 1842 funda con V. F. López el primer diario de Santiago de Chile, *El Progreso*, para sostener la política oficial. Desde 1841 a 1852 colabora en la redacción de quince periódicos chilenos.

En el amplio registro de temas abordados por Sarmiento en sus artículos se destacan los de crítica teatral y los costumbristas. Ambos le interesan por sus posibilidades educativas: “La crítica de las costumbres tiene una alta misión: depurar el lenguaje, corregir los abusos, perseguir los vicios, difundir las buenas ideas, atacar las preocupaciones que les cierran el paso, y destruyendo todos los escombros que lo pasado nos ha dejado, preparar el porvenir” (“La crítica teatral”), afirma; y también “... el asunto de la pieza es el tema favorito del teatro moderno, la lucha eterna en que la sociedad se encuentra hace un siglo para romper las barreras, que han creado entre hombre y hombre las caducas jerarquías sociales”.

Para Paul Verdevoye es Sarmiento el iniciador del costumbrismo en Chile, dado que sus primeros artículos son de 1841; la crítica chilena en cambio confiere este papel a Jotabeche (José Joaquín Vallejo), cuyos primeros trabajos serían de 1842. Las mejores expresiones del género de Chile en este período provienen de Sarmiento y, sobre todo, de Alberto Blest Gana. El ideario y el estilo de Larra ha prendido en Sarmiento, y también algunas formas francesas, como las “fisiologías” o “fisionomías”, como su lograda “Fisiología del paquete”, sátira del elegante chileno. Los asuntos que trata son los habituales: fiestas populares, modas, comercios, viajes, costumbres pueblerinas... Hay aquí algunas buenas páginas de Sarmiento: “La venta de zapatos”, “Un viaje a Peñaflor”, en el que critica jocosamente un viaje en “Negligencia”, o “Cartas de dos amigas”, que se distingue por el recurso de la

forma epistolar entre dos jovencitas que, entre otras cosas, comentan modas femeninas.

Raúl H. Castagnino considera a Sarmiento el primer crítico dramático argentino. En sus numerosos artículos sobre teatro, Sarmiento se ocupa de todos los aspectos del espectáculo, desde las condiciones de las salas, los decorados, el público, los horarios de las funciones, los actores, hasta los valores de la obra y del autor, las corrientes estéticas y de ideas en que se inscriben.

También es amplio el registro de tonos de los artículos periodísticos de Sarmiento en esta época. Escribe con entusiasmo, con pasión. Su prosa aparece dominada por los signos de admiración y las interrogaciones retóricas, con un brío que va de la imprecación a la pulla, de la broma a la sátira. Afirma la libertad, la espontaneidad como base de sus textos, escribe "como me viene la regana de escribir" ("Avíos y monturas"), aunque apremiado por interesar y atraer al lector. Igual libertad campea en el vocabulario: recurre constantemente a la lengua popular y coloquial chilena y argentina ("Chile se ha quedado sin *Porvenir*, como parra sin uvas, como cometa sin cola; Chile está ñecla!"), a los galicismos, en suma, a todo vocablo que sea expresivo, adecuado a lo que quiere decir, (con un total desprecio por las normas académicas, del "buen decir"). No pierde oportunidad de hacer referencia a la situación argentina, de atacar al rosismo, como tampoco la de volver a las cuestiones de sus polémicas ("Todos somos románticos ahora, la municipalidad inclusive, que por puro romanticismo ha mandado numerar las calles..."). En general sus artículos son anónimos, aunque muchos los firma con el seudónimo de Pinganilla, nombre de un mono de circo, muy conocido en el Chile de entonces.

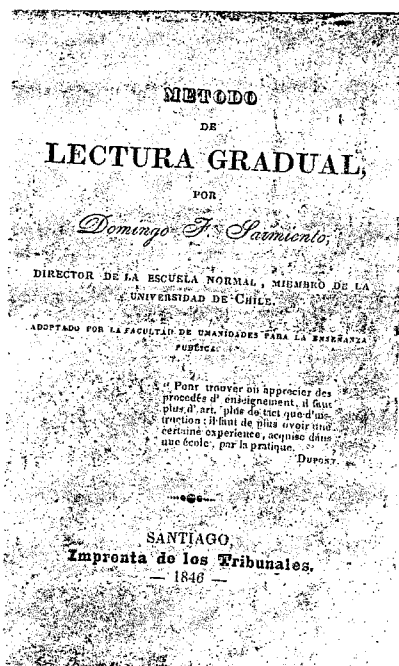
Mientras desarrolla esta labor periodística, es apoyado por quien es ya

su amigo y protector, el ministro Manuel Montt; realiza entonces una serie de iniciativas importantes. Funda la Escuela Normal de Preceptores de Santiago de Chile, primera escuela normal de Sudamérica, redactando el decreto a pedido de Montt, y de la cual fue director y casi el único profesor.

Compone además un *Método gradual de lectura*, después de desechar otros métodos imperfectos entonces en uso en Chile. Mediante este nuevo sistema de enseñar a leer el español, que adoptó el gobierno en las escuelas públicas, aprendieron a leer millones de chilenos.

Por la constante prédica en contra de la rutina o el atraso, en parte también a que por su condición de autodidacto muchos desconfiaban de sus afirmaciones, así como por la posición política que defendía empezó a formarse a su alrededor un ambiente cada día más adverso. Su arrogancia, que no supo ni quiso dominar y "la indiscreta franqueza del lenguaje escrito", le acarrearón enemigos que más se ensañaron con él sabiéndolo extranjero.

Pero Sarmiento no modifica su actitud porque todo su accionar apunta a un objetivo: el progreso de la nación procurando superar el atraso que distancia al pobre del rico, y utilizando como instrumento, por un lado a una progresista obra gubernamental, y por el otro, capacitando al pueblo para ascender. Todo ello a través de reformas graduales verdaderamente eficaces. Porque, sin duda, Sarmiento no es revolucionario, ni lo será. Por el contrario, rechaza a la revolución que la experiencia hispanoamericana revela ineficaz. De allí su compromiso en Chile —por parte de él, un liberal— con el gobierno conservador. Ha estudiado el espectro político chileno y su conclusión determina que el gobierno es moderadamente progresista. Su adhesión tendrá un precio: trabajar para liberar a Chile de una oligarquía que le impide desa-



Primera edición de Método de Lectura gradual



Manuel Montt



Don Yo

rollarse; sin duda, es una actitud oportunista pero no incondicionada. De allí el sentido de las polémicas que sostendrá en Chile. En todas ellas, su intención es despejar los obstáculos que impiden o traban el progreso.

Las polémicas de 1842. — Doble importancia revisten las polémicas de Sarmiento en Chile. Por una parte, confirman, profundizan y amplían la concepción de la literatura y la lengua que sostienen sus artículos de crítica literaria y teatral. Por otra, muestran cómo se conforma la escritura sarmientina, sus tonos, sus recursos.

De las cuatro polémicas —sobre la lengua, sobre el romanticismo, sobre la ortografía y la que tiene con la *Revista Católica*— interesan aquí sólo las dos primeras. La polémica sobre el lenguaje surge de un comentario de Sarmiento al artículo anónimo aparecido en *El Mercurio* el 27 de abril de 1842, "Ejercicios de lengua castellana", cuyo propósito es corregir el mal uso del español mediante listas de palabras. Sarmiento valoriza la creación popular en el lenguaje, si bien reconoce la adulteración de éste por un pueblo carente casi de vida social y de lectura; de todos modos, restringe el papel de los gramáticos en tales cuestiones y los considera "el partido retrógrado... de la sociedad habladora". Casi enseguida rebate sus conceptos Andrés Bello, quien firma "Un quidam". Centra su réplica en la aclaración de que la degradación más importante del castellano de ese momento proviene especialmente de la constante introducción de palabras extranjeras, sobre todo "en ciertos diarios donde el castellano degenera en dialecto franco español". Piensa también que sólo un cuerpo de sabios es el autorizado para establecer las leyes del lenguaje correcto, así como las de la sociedad, pues tal tarea no es función del pueblo ni de los "románticos licencio-

sos", adalides a ultranza de la libertad.

La polémica continúa durante dos meses. Sarmiento responde a Bello ("Contestación a un quidam" el 19 de mayo y "Segunda contestación a un quidam", el 22 de ese mes) y cuando el venezolano se retiraría toma su lugar su discípulo, José María Núñez ("El comunicado del otro quidam", "Los redactores al otro quidam", "Scènes de la vie privée et publique des animaux", "Los gallos literatos", "La cuestión literaria" y "Raro descubrimiento", de 3, 5, 22, 23, 25 y 30 de junio respectivamente. O. C., vol. I).

Se palpa en las respuestas de Sarmiento cuánto le entusiasma polemizar ("Viva la polémica! Campo de batalla de la civilización..."), de moler al contrincante tanto por la fuerza de las ideas como por la carencia al humor, a la ironía, al arrebato... Es ocasión para defender su estilo, y con él sus principios. Considera que es vana pretensión ignorar el atraso de España en la corriente de ideas modernas, tan vana como pretender que éstas se expresen en una lengua anquilosada. La creación de un pueblo cuya libertad de pensamiento fue cercenada durante siglos por la Inquisición y el despotismo. "El pensamiento está fuertemente atado a la idea que se vierte". Así lo entienden americanos y españoles, de quienes Larra es su más alto ejemplo ("Es el alma virgen de la democracia que levanta su voz contra la sociedad cauduca y retrógrada en que ha nacido..."). Sarmiento adhiere a la concepción romántica del lenguaje: la lengua expresa el movimiento histórico y social de un pueblo, quien pretenda cerrar las puertas al cambio y aferrarse a viejos modelos (cita varios escritores de los siglos de oro), cuyo instrumento es ya ineffectivo, contribuye a la muerte del pensamiento y de la literatura. Así ha sucedido en Chile —sostiene—, cuya pobreza literaria contrasta con la

rica producción de los románticos y francesados del Plata. Sarmiento ha ampliado la discusión poniéndola en relación con la función del periodismo y la literatura pero, con esta referencia, hiere los sentimientos nacionales de Núñez, quien ataca a Sarmiento en su condición de extranjero y a la generación argentina que éste representa.

A medida que avanza la polémica conocemos el sistema literario y de ideas en que Sarmiento se inserta. Romanticismo, liberalismo, historicismo son las corrientes que orientan su discusión. Tocqueville, Hugo, Dumas, Schlegel, Herder, Balzac y Sand son algunos de los autores citados. El éxito de los mismos se debe a un cambio de público, resultado a su vez de los cambios en la vida social. Sustenta, por lo tanto, la función eminentemente social de la literatura y el periodismo, que en las naciones nuevas se confunden en un solo sistema ("La prensa, única literatura nacional"). La observación de la realidad nacional debe ser la materia literaria del escritor. La pasión, la espontaneidad, la libertad, serán sus principios. Sólo así atraerá e interesará al lector, despertando "antipatías y aficiones" lo impulsará a pensar, contribuyendo al progreso, que debe ser su objetivo final.

La polémica es también un claro ejemplo de cómo se conforma la escritura en Sarmiento. En su texto la palabra, una palabra militante, signo privilegiado por su eficacia en la lucha, se plasma al identificarse con el ser que la ejerce, que la disputa, podríamos decir. El sujeto de la escritura, quien la enuncia y la hace posible, aparece modulado en una compleja red de transformaciones en cuanto a la distancia entre él y lo escrito. Referir esta especial carnalidad a un "ser real", el "autor". D. F. Sarmiento periodista de *El Mercurio* en Santiago en 1842, sería simplificar su explicación. Megalómano, don yo, son atributos in-

dudables de la personalidad de Sarmiento y así lo señalaron sus contemporáneos hasta el cansancio (baste recordar las acertadas caricaturas de Stein en *El Mosquito*); preeminencia de lo autobiográfico, dicen con justeza muchos críticos. Pareciera sin embargo que la cuestión fundamental de Sarmiento *escritor* —cómo se articula esa conjunción entre el sujeto y lo enunciado— queda no resuelta. Esta polémica puede permitir por lo menos observar el tejido literario de la distancia aludida más arriba. El sujeto, anónimo, reflexiona simplemente al comienzo sobre determinada cuestión, pero enseguida se amplifica en un "nosotros" explícito, reiterado, aunque retórico (convención por "los redactores de *El Mercurio*"), que se va concretando en un grupo específico y luego en un personaje, definido por su origen ("les dirán que es un advenedizo, salido de la oscuridad de una provincia, un verdadero quidam"). Ese sujeto, voraz, podríamos decir, pareciera apoderarse del contrincante a través de la pertinencia del nombre, comienza a invadir lo que enuncia al convertirse en la figura ejemplar de lo dicho ("... el redactor del *Mercurio* ha revestido el saco que debe llevar el escritor público en los pueblos americanos llenos de vicios, de preocupaciones, de indolencia... y sin pretender ser llamado un oráculo, ha manifestado francamente sus opiniones...") primero, para de inmediato apoderarse, transformarse, en otros textos y en otros sujetos valiéndose de recursos de la ficción o del pastiche. Me explico. Pretendiendo traducir un relato de George Sand, el personaje ejemplar es ahora personaje de ficción, protagonista, nada menos, el gallo audaz, que conserva rasgos del redactor de la polémica ("trapalón, mestizo, advenedizo, jenizaro y rabón") y que como él se atreve a cantar de otro modo que el permitido en la República del Gallinero (es éste sin du-

"Los gallos literatos"

"Este y el inglés son llamados finos, para distinguirlos de otra raza que se conoce bajo el honroso dictado de brutos.

Se encuentran estos últimos derramados por todo el continente colombiano, y descienden de la degenerada estirpe castellana. Poco aliñados en sus vestidos, usan del color ceniciento que lleva el mismo nombre de su raza. Son graves, testarudos, un tanto perezosos, y tan apegados a lo viejo, que en lugar de ir adelante van para atrás. En cuanto al valor no han cobrado mucha fama, si bien es cierto que han tenido pollos que se las han tenido tiesas a los más pintados europeos; el duelo está prohibido entre ellos, y todas sus aspiraciones se reducen a comer, engordar y fecundar a sus gallinas, para lo cual tienen admirables aptitudes. Son, sin embargo, preferibles a los ingleses y franceses para la cazuela y el estofado, por cuya razón son muy estimados de todos los habitantes del mundo, que concurren a sus puertos a desplumarlos. Desde que se sublevaron Santo Domingo y las otras colonias, se han ocupado siempre en disputar sobre quién sube más arriba en el árbol de dormir, a fin de estercolar a los que quedan más abajo. A pesar de todo esto, los gallitos más nuevos empiezan a abandonar las prácticas de sus abuelos, se aliñan y se afeitán a la francesa y buscan su alimento con la prontitud y actividad inglesa. De aquí han nacido dos bandos en sus repúblicas, que amenazan turbar la incierta paz de que a veces gozan. Compónese el uno de los gallos que ya no se cuecen a dos hervores, los franciscanos y los castellanos puros, con tal cual gallito novel, a quien le ha soplado el diablo

por echarla de viejo; forman el otro los pollos de pitón, de casta mestiza de fino y bruto; algunas jacas de estaca retorcida que simpatizan con toda clase de novedades, y uno que otro pollo desgarrado, que ha escapado con la cola de menos de las garras de alguna zorra monstruo cebada en comerse los gallos más atisbados¹. Uno de estos desplumados, no bien se repuso del miedo de haber visto la zorra tan de cerca, cuando se echó a cantar con tan buena gana y de una manera tan desusada, que los gallos de toda la vecindad se alborotaron sobremanera. Unos decían que no lo hacía mal para su edad, los otros le achacaban el no conocer la escala diatónica ni por las tapas; pero nuestro gallo sin curarse ni poco ni mucho de estas habladurías, apenas amanecía Dios, se ponía a cantar como si estuviera en su gallinero; y hubiera cantado su vida, si por su mala estrella no hubiese dicho al entonar un himno a la libertad Ki-ki-ri-kó, en lugar de decir Ko-ko-ro-kó, que era el uso consuetudinario de aquel país.

Aquí fue la tremolina. ¡Qué bulla! ¡Qué alboroto! ¡Qué cacareo! No parecía sino que hubiesen visto las patas de la zorra. Todos los gallos del lugar cayeron sobre él y lo rodearon y estrecharon de manera que, a no ser de tan buena ley, habría tomado las de Villadiego. El uno le arrima ambas espuelas, el otro le arranca las plumas de la naciente cola, y todos a porfía lo llenan de denuestos y de dicterios.

—Pero amigos —les dijo el cuitado—, ¿qué furor es ése? ¿Qué mal os he causado? —¡Impávido! —le respondieron—, trapalón, mestizo, advenedizo, jenízaro y rabón, ¿qué es eso de Ki-ki-ri-kó? ¿Qué falta de respeto a la sonora, castiza y correcta música de nuestros padres? ¿No basta ya que los malditos herejotes de los gallos ingleses y franceses nos coman el trigo, sino que también han de venir a introducirnos

¹ Fui testigo en un gallinero de una reyerta muy singular. *El autor.*

das uno de los textos memorables de Sarmiento). La polémica se cierra de manera singular: el texto de Sarmiento se convierte en el collage de otros textos, los de Larra, y el sujeto de la escritura se adhiere también a esta transformación bajo un seudónimo, Agirof, anagrama de Figaro, seudónimo, como es sabido, del costumbrista español.

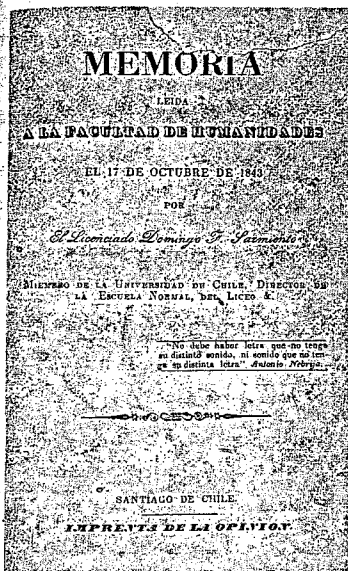
La polémica entre clásicos y románticos enfrenta a Vicente Fidel López, desde la *Revista de Valparaíso* y la *Gaceta de Comercio*, junto a Sarmiento, desde *El Mercurio*, con los redactores, exclusivamente chilenos del *Semanario de Santiago*, recién fundado (14 de junio de 1842).

Un artículo de López, "Clasicismo y romanticismo", a favor del romanticismo, halla eco en el de Salvador Sanfuentes del 21 de julio, titulado "Romanticismo", que define como romántico todo lo que es extravagante e inverosímil, y que tiene como modelo a Víctor Hugo. Dos días después Jotabeche parodia el estilo de los románticos argentinos, especialmente sus galicismos ("su sensibilización y espíritu de socialismo"). Sarmiento entra en la polémica el 25, y de lleno. Escribe ocho artículos sobre el asunto y López seis.

Muchos de los temas que se plantean ya han sido discutidos en la polémica sobre la lengua. Sarmiento comienza señalando el atraso y la ligereza de los redactores del *Semanario* que ignoran que el romanticismo ha muerto en Europa hace diez años, dando paso a la nueva escuela "socialista o progresista" a la que él adhiere. Sin embargo, definiendo al romanticismo en cuanto "representa una gran revolución en literatura", pero sobre todo refuta el rechazo por la innovación en nombre de prejuicios ya muertos, especialmente porque esa corriente sería más que beneficiosa para la literatura y el pensamiento chilenos. En los contenidos y en la función social del romanticismo centra

su defensa; desde esta perspectiva defiende los dramas de Hugo ("Don Justo Medio toma por su cuenta el de *Ruy Blas* de Víctor Hugo haciendo notar las inverosimilitudes de que está plagado este drama. En esta pieza vemos nosotros un principio social desenvuelto, un producto de la igualdad") y por similares razones *El mulato* de Dumas. Se indigna ante el espíritu aristocrático del *Semanario* y sale al cruce para afirmar su lenguaje "mestizo" "mulato". Sus textos cierran siempre con amenazas que van in crescendo ("Le hemos tomado por los cabezones y sacudido de ambas orejas. Mañana lo pondremos patas arriba para que le vean el rabo al artículo Romanticismo"; "Escriban otro artículo sobre romanticismo vean en seguida donde se sientan"; "El porrazo ha sido de aquellos que no se borran en seis meses; que para entonces... nos llegará de Francia una magnífica carabina de doce tiros..."). La polémica se ha vuelto tan violentamente personal, tan agresiva, que Sarmiento mismo apeló a la moderación en nombre del periodismo.

El 17 de octubre de 1843 Sarmiento propone un proyecto de reformas ortográficas en la sesión de la Facultad de Filosofía y Humanidades, en el que suprime las letras k, z, h, g, ph, y, v. Minvielle ataca este proyecto desde *El Progreso* pues bien reconoce las deficiencias de la ortografía española, ve en la concreción de la reforma ortográfica la pretensión de separar a América de España. Aconseja a Sarmiento que cambie su nombre por el Sarmintier, dado que detesta todo lo español. Este le responde con diez cartas, siguiendo el género adoptado por Minvielle, en que justifica cada una de las supresiones basado en la pronunciación del español de América, apoyándose además en las propuestas de Bello y García, partidarios de grafías fonéticas, y de otras surgidas en México y España. El



Portada de la primera edición de la Memoria leída a la Facultad de Humanidades de Chile (1843)

24 de abril de 1844 la Facultad aprueba y adopta la reforma ortográfica propuesta.

También se interesa por otros temas como el problema de los indios. "Las razas fuertes exterminan a los débiles, los pueblos civilizados suplantando en la posesión de la tierra a los salvajes. Esto es providencial y útil, sublime y grande". El prejuicio racial que revela contra el indígena "que nada tiene que ver con el futuro de la civilización en América", en esta ocasión, es mayor que el que exteriorizará años más tarde en *Conflictos y armonías de las razas en América*. Por lo demás, su concepción es similar a la que sostiene una burguesía europea liberal que justifica el predominio de la raza blanca por el mito de la civilización. Aquella actitud está vinculada con la declaración que formula por entonces, adhiriendo a una ley del progreso "dada por Dios a las sociedades humanas: la ley de cambios sucesivos, de marcha lenta pero que no retrograda jamás".

La violenta campaña de calumnias que desata en contra suya Domingo Godoy ("Yo he conocido a este individuo en su propio país; es un miserable, despreciado allí de todos, un hombre corrompido, un criminal, un asesino... un infame... puedo probar lo que digo...") lo mueve a escribir *Mi defensa* en 1843. *Mi defensa* es la primera autobiografía de autor argentino publicada, si bien ya habían sido escritas autobiografías y memorias por Saavedra, Belgrano, Juan Cruz Varela, etc.

Desde su sentimiento de advenedizo en la sociedad chilena Sarmiento responde apoyándose en su condición de luchador, en la prensa, como escritor. Esa lucha se expresa dramáticamente a través del uso de gerundios, cuyo dinamismo se acentúa por una oposición gradual de los mismos, que abre un amplio espectro de actividades (combatiendo/defendiendo, sentando/sublevando, atrayendo, complaciendo/chocando,

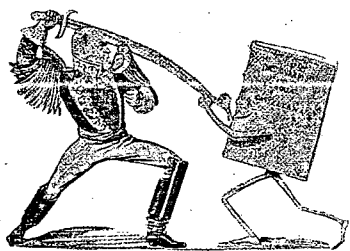
en el canto sus extranjerismos?

—Señores—contestaba el atribulado cantorillo—, sosiéguese vuestras mercedes, y entendámonos. Yo gusto de cantar y vivo de eso, y canto como Dios me da a entender. —Falta usted a las reglas, desafina los tonos, y se separa de la doctrina de nuestros mejores cantores.

—¿Qué cantores ni qué calabazas? Veamos, ¿qué doctrina siguen vuestras mercedes, y qué modelos imitan?

—Nosotros imitamos —contestaron algunos—, el sublime cantar del gallo de la Pasión que le cantó a San Pedro, echándole en cara su fea culpa con tal elocuencia, que el Santo traidor, movido de lo limado del estilo y lo castizo de las frases, se echó a llorar a lágrima viva y a moco tendido, confesando su delito y haciendo penitencia. ¡Eso sí que era cantar! ¿Qué viene usted aquí con su Ki-ki-ri-kí, ni su Ki-ki-ri-kó? Eso no huele a Castilla la Vieja, no es antiguo y por tanto no merece escucharse..."

D. F. Sarmiento (Obras completas, v. I.)



Caricatura de El Mosquito sobre la reforma ortográfica de Sarmiento



Facundo Quiroga. Litografía coloreada de C. H. Bacle



José Félix Aldao

reuniendo, predicando/atacando, ensayando/infrigiendo, impulsando/empujando, cayendo/conmoviendo). Su persona también aparece ampliificada por los otros: por el público ("Déjenme que hable al público como a una numerosa concurrencia", "El público ha debido preguntarse mil veces"), por quienes le conocen ("Yo he excitado siempre grandes animadversiones y profundas simpatías"). Para desmentir la calumnia presenta su "hoja de servicios", su "largo combate", tanto como "mis aulas y mis títulos de suficiencia", cuya piedra de toque es la veracidad ("no es una novela, no es un cuento"). La obra está dividida en tres partes: Mi infancia, El militar y el hombre de partido, El hijo, el hermano y el amigo.

"He nacido en una provincia ignota y atrasada". Desde este comienzo, en el cual se funde la pobreza de su tierra natal con la de su familia Sarmiento construye su "defensa" en una autobiografía que selecciona hechos y circunstancias probatorias de su condición de hombre culto, de su acendrado patriotismo, luchador y valiente, de moral intachable, así como de hijo bueno y responsable, que atiende el cuidado de sus padres y hermanas. Es esta una imagen controlada, que no pierde de vista las necesidades del momento, que no admite deslices, que quiere dominar a conciencia la filtración de los afectos, de la intimidad. Estos apuntes escuetos se impregnarán, apenas siete años más tarde, con la materia misteriosa y profunda de la infancia y los orígenes. Habrá nacido así la mejor autobiografía argentina del siglo pasado: nos referimos, obviamente, a *Recuerdos de provincia*.

Facundo. — De la identificación entre su vida y el proceso nacional derivará una proyección histórica, de la lucha personal de su propia vida elaborará un paralelo: la lucha que libra la civilización — esto

es, las ciudades— contra la barbarie —esto es, la campaña.]

El mismo dice: “su aparición en Chile (se refiere a Sarmiento) como escritor marca una nueva faz en las cuestiones argentinas. Cambia los términos del debate —llamándole lucha de civilización y barbarie— de las campañas contra las ciudades”. Y con aquel sentido dramático que le imprime el romanticismo, identifica, a su vez, la historia con la biografía, y de ello resulta una nueva proyección de la antinomia que aparece en su primer esbozo biográfico, la *Vida del general Fray Félix Aldao*, que se publica en 1845 y es antecedente de sus páginas más vigorosas y orgánicas: el *Facundo*.

[Escribe *Facundo* en poco tiempo, rápidamente. Apremiado por la llegada a Chile de una embajada de Rosas, que influye sobre la opinión chilena, empieza a publicar la obra como folletín.]

[En el destino del caudillo simboliza Sarmiento el contenido de la campaña bárbara: “he creído explicar la revolución argentina con la biografía de Juan Facundo Quiroga, porque creo que él explica suficientemente una de las tendencias, una de las dos fases diversas que luchan en el seno de aquella sociedad singular”.

[Sarmiento contraponen dos grandes unidades analíticas de la misma manera como la historiografía romántica está en aquel momento analizando el origen medieval de la civilización europea: captando costumbres, pintando personajes, revelando hábitos, reconstruyendo un mundo que contrapondrá al inicio de la civilización urbana, con gentes de hábitos y mentalidad diferente al de aquel campesino.]

[En la primera parte, Sarmiento establece los fundamentos que dan categoría histórica a la figura de Facundo, y lo hace después de vincular el medio físico con los “caracteres, hábitos e ideas que engendra”

el mismo medio. E interpreta a la Argentina, “entre aquellas dos civilizaciones distintas en un mismo suelo”, la que ha de imponerse por su dinámica civilizadora y la regresiva, la barbarie —la que ampara el modo de vida de los argentinos que habitan en la Pampa—. En la segunda parte de la obra hallan cabida los hechos de la existencia de Facundo que pinta como “terrible, sanguinaria y malvada”. Estas tremendas descripciones del caudillo no apuntan solamente a denigrarlo y por elevación denigrar a Rosas; son el resultado del “drama” que rodea al estilo de Sarmiento y que se corresponde tan bien con el colorido romántico. Pero el libro quedaría trunco, y no sería el mejor ejemplo de la prosa sarmientina, si el autor no se apartara del cartabón romántico para proponer, en la tercera parte, una solución que no es sino un programa de gobierno que ubicará al país en el camino irreversible del progreso.]

La imagen que ofreció el *Facundo* puede ser hoy discutida. Sin ahondar por ahora en ello, adelantemos que la identificación de una región escasamente urbanizada, pastora, con la totalidad de la campaña argentina es una imagen abusiva. Además, la dicotomía absoluta entre ciudad y campaña ignora cuánta vinculación hay entre la ciudad comerciante y la llanura ganadera. Es esta una aclaración, pues como crítica sería un abuso anacrónico.

Durante un mes sale el folletín con letra más pequeña que el resto del diario: ocupa doble o triple espacio que los folletines corrientes. Esta publicación, en momentos en que él mismo es tan impopular tiene como resultado su alejamiento de *El Progreso* y de Chile.

El viaje a Europa, Africa y Estados Unidos. — El 28 de octubre de 1845 parte Sarmiento de Valparaíso en misión oficial, su fin es es-

CIVILIZACION I BARBARIE

—OO—

VIDA DE

JUAN FACUNDO QUIROGA.

UN VOLUMEN EN CINCO FOLLETINES. HABITOS DE LA RE-
PUBLICA ARGENTINA.

FIN DE TUE POINT LES IDEES.
Paroiss.
A los señores se digna-
a las ideas no.

POR

Domingo J. Sarmiento.

Miembro de la Universidad de Chile, i Director de
la Escuela Normal.

SANTIAGO.

IMPRENTA DEL PROGRESO.

—1845—

Portada de la primera edición de *Facundo*

Washington		Nueva Orleans	
14. Noche	1.50	22. Hosp. a la noche	2.00
Alfajete a la noche	1.50	Café	1.00
Cigarras	1.00	Comida	1.50
Seguros grad. fl.	2.00	Alfajete en bodega	1.75
Boleto a Baltimore	5.00	Boleto	1.00
Boleto	2.50	Cigarras	1.00
15. Noche	1.50	Alfajete (pudido)	1.00
Boleto	1.50	Boleto Maryland	1.00
Boleto a Harrisburg	3.00	Boleto	1.00
Boleto	1.00	Desembarco en N. Orleans	1.00
Ferrocarril a Chambersburg	2.75	Boleto de regreso	1.50
Boleto	2.50	Comida	1.00
16. Noche	1.50	Boleto médico	1.00
Ferrocarril a Chambersburg	2.75	Cigarras	1.00
Boleto	2.50	Alfajete	1.00
17. Boleto Telegrafico a		Boleto	1.00
Apes	1.00	Boleto	1.00
Comida y cigarras	2.50	Boleto para Habana	1.00
Comida del hotel	2.50	Boleto al puerto	1.00
Boleto por N. York	5.00	Boleto de ida y vuelta	1.00
Boleto	5.00	Boleto para N. York	1.00
20. Comida y alcohol en camino	1.00	Noche para buque	1.00
21. Hotel en N. York	1.00	Boleto de bodega (pudido)	1.00
Por comensal	2.00	Boleto a bordo	1.00
Cigarras y alcohol	5.00		
Boleto a cigarras	1.75		

"Diario de Gastos". Libreta llevada por Sarmiento en sus viajes. Buenos Aires, Ministerio de Educación, 1950



Domingo F. Sarmiento. Desmadril

tudiar los métodos de educación en Europa y Estados Unidos y la colonización de la recién conquistada Argelia, incorporada políticamente a Francia. Regresará al cabo de tres años.

Prácticamente todos sus compañeros de generación han realizado el viaje a Europa, en general con similares intereses ("Los viajes son el complemento de la educación de los hombres, y si el contacto con personajes eminentes eleva el espíritu y perfecciona las ideas, puedo vanagloriarme de haber sido muy feliz en mi excursión, pues que he podido acercarme, no sin haber sido favorablemente introducido, a los hombres más eminentes de la época"). Europa, París especialmente es la sede de la civilización, el espacio privilegiado que concentra a los grandes hombres, a las nuevas ideas a la moderna literatura. Ella se ofrece como escuela y como espectáculo, aunque en la generación del 37 impera un sentido de deber nacional, público, podríamos decir, que privilegia el aprendizaje y la reflexión: observar cómo el progreso se refleja en la vida social, cómo funcionan las instituciones, pero también conocer a quienes pueden ejercer influencia en la situación del Río de la Plata. El dinero es poco además, y constituye el pago por un cierto trabajo a cumplir — sean artículos para la prensa, sean informes sobre métodos de enseñanza —. Sarmiento se atiene a este programa anota cuidadosamente sus gastos (setiembre 5 de 1846: "Almuerzo y una libra de uvas, 2.10; cena y cigarras, 2.10; una libra de bujías, 1.12"), pero también confiesa: "No tengo ni tiempo, ni gusto, ni dinero para engolfarme en las gustosas frivolidades cuyo goce envidio a otros. ¡Ah si tuviera cuarenta mil pesos nada más, qué año me daba en París! ¡Qué página luminosa ponía en mis recuerdos para la vejez! Pero soy *sage*, y me contento con mirar, en lugar de pilquinear, como hacen

otros". Con Guizot, con Thiers, con Mackau trata la cuestión del Plata; conoce y trata a Gil de Zárate, Rungendas, de Lesseps, el barón de Humboldt, a su compatriota exiliado, José de San Martín... Ve a George Sand, a Balzac y a Soulié. En definitiva: cumple. Reunirá la información solicitada, estudiará los medios que pueden resultar útiles al progreso de su país. Y escribirá los *Viajes*, volumen desbordante, minucioso, personal, que encierra algunas de sus mejores páginas.

De paso por Montevideo se vincula con los exiliados argentinos (Echeverría y Mitre). Un poco provinciano, inseguro de su francés y de su aspecto (así permiten deducirlo sus gastos en ropa), quizá con esa vieja inquietud por su torpeza y sus modales (motivo que aparece con cierta insistencia en sus textos), Sarmiento se introduce en la vida europea, se aventura, se afirma, critica, discute, desprecia, se hace conocer y logra que lo escuchen y admiren ("Y al fin de tantos sufrimientos tuve la dicha, tan cara para los hombres que comienzan y no tienen prestigio, de verse animados, aprobados, aplaudidos, por una de las primeras inteligencias de la tierra"—se refiere a Thiers—). Continúa, además, que aparece el comentario de *Facundo* en la *Revue des Deux Mondes* (15 de noviembre de 1846), no sin peripecias; las puertas están totalmente abiertas: "Al despedirme de mi buen amigo el señor Montt, le decía yo con aquella modestia que me caracteriza: la llave de dos puertas llevo para penetrar en París, la recomendación oficial del gobierno de Chile y el *Facundo*..."

Importa especialmente de este viaje el descubrimiento que hace de una Europa real que difiere de la imagen idealizada que se había constituido. En particular, del "país de la revolución y de la libertad": Francia se le presenta ejerciendo una democracia mezquina, de unos

pocos, manejada por los ricos y disputada aún por banqueros y comerciantes por un lado, y sacerdotes y nobles, por el otro. País no totalmente "civilizado", con islotes de barbarie, esas aldeas que no son mejores que las chilenas. Parcialmente defraudado por Europa, halla en América del Norte la compensación. Encuentra "su" modelo: una sociedad igualitaria, de oportunidad para todos, un continente unificado, social y políticamente, donde todo hombre tiene derecho al voto—aunque Sarmiento no lo señala: mientras sea blanco—. Comienza allí además una firme amistad, la de los educadores Horacio Mann y su mujer.

Cuando regresa a Chile en 1848 publica su informe sobre lo observado e inspeccionado en cumplimiento de su misión; lo titula *Educación popular*, uno de sus libros más importantes sobre el tema. La instrucción primaria es el remedio eficaz para nuestra América, complementada con el establecimiento de suficientes bibliotecas públicas. El mismo año edita *La Crónica*, periódico que se ocupa de educación, moneda, cultivo de la seda y sobre todo de inmigración, cuestión que, después del viaje, es una de las que más lo apasiona. Dicta asimismo tres cursos en la Facultad de Filosofía y Humanidades, de la cual es miembro activo desde 1843.

En 1849 publica sus *Viajes en Europa, Africa y América*. Las casi 500 páginas en la edición de las *Obras completas*, encierran virtudes y defectos de la prosa sarmientina: las disquisiciones farragosas se cruzan con los retratos admirables (Mackau, por ejemplo), la reflexión lúcida (sobre las posibilidades de la novela en América), la descripción magistral de escenas (la Legislatura francesa) se mezcla con unos paisajitos deslucidos, experimentos de convenciones a la moda. Se ha sentido trabado por los modelos insignes (Chateaubriand, Lamartine, Du-



VIAJES

EN

EUROPA, AFRICA I AMERICA,

POR

D. F. Sarmiento,

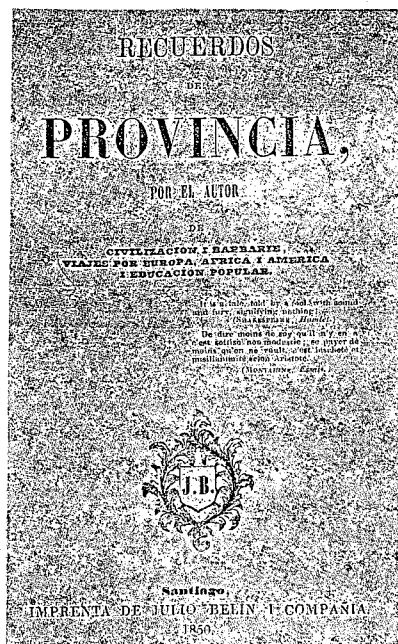
MIEMBRO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE,
DEL INSTITUTO HISTORICO DE FRANCIA I DE OTRAS CORPORACIONES
LITERARIAS.

SANTIAGO.

IMPRENTA DE JULIO BELINZ C.

1840.

*Portada de la primera edición de
Viajes en Europa, Africa i América*



Portada de la primera edición de Recuerdos de provincia

mas) que dejaron incomparables experiencias de viaje; y se hace difícil interesar con tal materia ("El viaje escrito es materia muy manoseada ya, para entretener la atención de los lectores"). Afortunadamente se impone la afirmación de su personalidad y de su estilo: "He escrito, pues, lo que he escrito, porque no sabría cómo clasificarlo de otro modo, obedeciendo a instintos y a impulsos que vienen de adentro y que a veces la razón misma no es parte a refrenar". Aunque confesiones como ésta se inscriben en la ambigüedad propia de lo literario, de todos modos decimos afortunadamente, porque los *Viajes* de Sarmiento nos ponen en contacto con la intimidad de esa experiencia de aprendizaje generacional a que hemos aludido más arriba. Ninguno de su generación ha vertido esa experiencia desde una individualidad tan abierta, tan desprejuiciada en cierto modo por la imagen que surgiera de su yo —o por lo menos tan depreciativa de la conformación de un yo convencional, o excesivamente limitado—. Sarmiento, como ese Mansilla que también prefiere hablar desde sí, puede apasionarse por el propio retrato multiplicado y matizado por un concreto juego de espejos. De allí el dinamismo, la acumulación de experiencias contadas, el ritmo rápido que revela la urgencia, la ansiedad de aprehender esa realidad rica y variada que se presenta ahora, ya, quizás por única vez. Paseos, teatros, personalidades, libros, paisajes y ciudades famosas, monumentos insignes, tradiciones seculares y últimas novedades. Sabemos cómo transpira en espera de la traducción de su *Facundo*, la emoción del viaje en ferrocarril... Sarmiento registra, curioso, todo lo que ve y en las mejores páginas vuelve tangibles, concretos, inmediatos los objetos y los hombres, mediante la justeza del adjetivo, el ritmo verbal, el movimiento de la frase, llevando

al lector a coincidir con su propia mirada. No es ajeno a este efecto la elección de un destinatario explícito, sus amigos (Demetrio Peña V. F. López, Carlos Tejedor...), y del género epistolar para relatar su viaje, que autorizan el tono de intimidad y desenfado, de franqueza y espontaneidad, que peculiarizan esta obra.

Recuerdos de provincia. Sarmiento y la Confederación.

Año pródigo este de 1849, porque además se casa con Benita Martínez viuda de Domingo Castro y Calvo, a quien ya frecuentaba casada y que tiene un hijo de tres años, Domingo Fidel. Sarmiento adopta al niño y le da su apellido.

Corre el año 1850. Se acerca el desenlace de toda una época de la historia argentina y el comienzo de un nuevo período de organización nacional. Sarmiento publica *Argirópolis*, con sentido de la oportunidad, cabal programa de pacificación nacional según el modelo federal de los Estados Unidos: autonomía e integración son las dos palabras claves del texto. Sarmiento advierte muy claramente que uno de los males mayores del país radica en el desequilibrio de una ciudad rica y un interior pobre. Su experiencia sanjuanina le proporciona el conocimiento de los problemas de las provincias... Que se lleve entonces la capital federal a la isla de Martín García... De hecho, detrás de una primera lectura, el libro es una propuesta a una coalición de intereses opuestos a Buenos Aires que, en este caso, es como decir Rosas.

En 1850 aparece *Recuerdos de provincia*. Sin duda, una de sus mejores prosas, también literatura de combate. La escribe en un momento muy particular; ya presidente el fin del gobernador bonaerense y lo ataca reiteradamente. Rosas devuelve el ataque con amenazas. A ellas

responde Sarmiento con su arma habitual: papel y pluma.

Aparece así otra autobiografía que no es continuación ni repetición de *Mi defensa*. En *Recuerdos*, dedicado por su autor "a mis compatriotas", compone un alegato en defensa propia, sin duda, pero en él aparece la preocupación de prestigiar su linaje, su moralidad, sin tacha y su patriotismo. La síntesis del libro es, de hecho, un cuadro genealógico, aunque Sarmiento no disimule ni oculte cuanto puede haber en él de menesteroso. La imagen quiere ser convincente: un hombre de bien que nace junto con la patria y que junto a ella vive todas sus vicisitudes. "Aquí termina la historia colonial, llamaré así, de mi familia. Lo que sigue es la transición, lenta y penosa de un modo de ser a otro; la vida de la república naciente, la lucha de los partidos, la guerra civil, la proscrición y el destierro. A la historia de la familia se sucede, como teatro de acción y de atmósfera, la historia de la patria. A mi progenie me sucedo yo..."

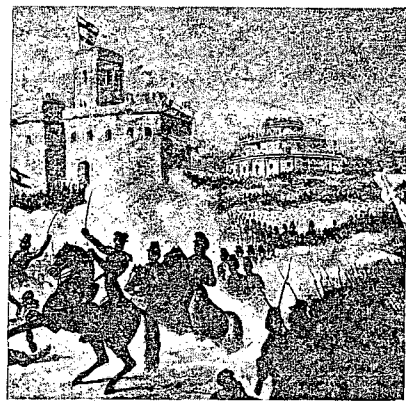
Publicados ambos libros y previendo el pronunciamiento de Urquiza, Sarmiento se embarca con otros compatriotas rumbo a Montevideo, desde donde pasa a Entre Ríos a ponerse al servicio de las armas que intentarán el derrocamiento de Rosas. Urquiza lo nombra teniente coronel y le encarga la redacción del boletín del ejército. Instala Sarmiento su imprenta y es el encargado de redactar los partes, que cobran con su estilo notable importancia. Derrotado Rosas por Urquiza en Caseros, decide alejarse de él por considerarlo un segundo Rosas, que no hará más que prolongar un régimen autocrático.

Parte a Río de Janeiro y de allí a Chile. Desde su quinta de Yungay escribe la famosa *Carta* (13 de octubre de 1852) donde expresa las razones de su alejamiento de Urquiza. En ella advierte a Urquiza

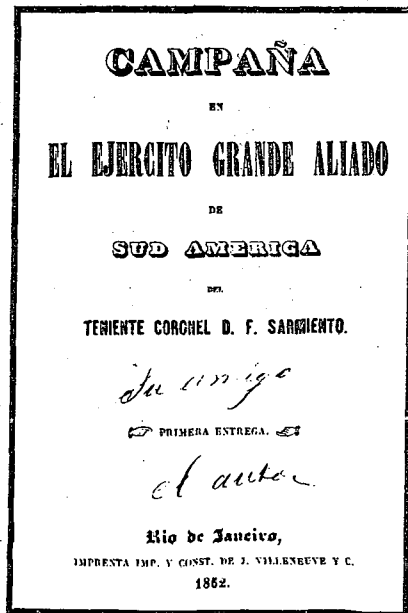
que si va a utilizar la fuerza para organizar el país sobre una estructura similar a la del ex gobernador bonaerense, no llegará a nada concreto. Antes de un mes publica *Campaña en el Ejército Grande*, dedicada a Alberdi, quien se encontraba en Chile para defender la política de Urquiza, nucleando "a todas las tendencias de organización argentina". Alberdi contesta a esa dedicatoria y se entabla una polémica violenta, con intercambio de los denuestos más terribles. Tremendos los de Sarmiento, arrosados los de Alberdi. Como *Las ciento y una* se conocen las cartas de Sarmiento, y con el nombre de *Cartas quillotanas* las de Alberdi, pues residía en la localidad de Quillota.

"Una cosa es segura —decía Sarmiento en una de esas cartas— y es que Urquiza no será jefe de la república. Esto me parece que está escrito allá arriba, y siento de ello una intuición indefinida, pero firme, incontrastable, que he tenido siempre por los hechos que las causas traen aparejadas. Puede triunfar en Buenos Aires, pero presidir el Estado, no".

Pero, de hecho, no se trataba de una diferencia de opinión acerca de la aceptación o rechazo de la personalidad de Urquiza, sino de un aspecto más esencial: la intransigencia de Sarmiento y la tolerancia de Alberdi para con el nuevo ordenamiento que se iba delineando por influjo de Urquiza; esto es, un caudillismo modelado según las necesidades del intercambio del Litoral, en particular de Entre Ríos. Sarmiento no aceptó que veinte años de lucha acabaran de tal forma, mientras que Alberdi lo consideró una etapa de transición, casi indispensable, etapa que denominó la república posible. En ella se daría tiempo a que los capitales extranjeros y la inmigración europea modificaran un cuadro estructural que estaría entonces en condiciones de enfrentar la libertad política. Por



Batalla de Caseros. Litografía de Peruti



Portada de la primera edición de Campaña en el Ejército Grande

El viaje balzaciano

"Permanentemente en sus Viajes Sarmiento cuchichea, rezonga, murmura proyectos o nos codea; así es como dentro de esta variante nos encontramos con un matiz que podría llamarse utilitarismo egotista ("¡A mí hombre teórico! ¡A mí que no pido como Arquímedes, sino un punto de apoyo para poner a mi patria, o a la de otros, patas arriba...") que reenvía a la polémica generacional contra la supuesta falta de realismo de los unitarios, a la vez que a un progresismo identificado con el fervor por el cambio y a una convicción titánica de omnipotencia. Y esto se acrecienta a lo largo del itinerario europeo: se trata de un entusiasmo que llega a ser desmesura y violencia; de una peculiar avidez que se amasa con reminiscencias infantiles y ademanes románticos: ver, tocar, comer, adquirir, ser el preferido, llegar primero, imponerse, ganar. Es una impaciencia que muestra a un Sarmiento apenas oscilante entre el hombre fáustico y Jehová y que llega a sentirse invulnerable. Menos mal que paralelamente se advierte la infracción creciente del pudor: sentimos el aliento del narrador desde el comienzo, pero poco a poco empezamos a notar los detalles de su piel cuarteada en la nuca, el escozor que allí le provoca el frío o nos descubre su ropa gastada en los bordes y más adelante su olor a fatiga o su traspiración ansiosa o triunfal. En eso estamos: por fin en un libro argentino se siente la proximidad constante del autor, es decir, que un estilo se personaliza a través de un cuerpo y la literatura se encarna en una dimensión concreta y se pone a prueba en su aliento ácido, en un dedo grueso que se apoya sobre la ventanilla del tren y señala o mediante un tono que se sostiene y acrecienta

ahora, bastaba la aplicación de la libertad civil y comercial. Esta tesis de Alberdi fue para Sarmiento un compromiso ignominioso, que implicaba renegar de los principios de la generación del 37. El país, según el sanjuanino, no admitía demoras ni compromisos que habrían de acabar en un nuevo régimen personalista y autoritario.

En la *Campaña*, texto escrito con el propósito de señalar el peligro de ese nuevo ordenamiento, Sarmiento multiplica los cargos contra el caudillo entrerriano. Redacta el libro en tres etapas, resultado cada una de ellas del mayor convencimiento que los hechos parecían darle. Es un texto cargado de intención, no precisamente combativo, pero que está lejos de ser lo que habría debido ser: una crónica de los sucesos que están acaeciendo en el país. Sarmiento omite muchos hechos, disimula tendencias o procesos y acaba por no convencer históricamente. Para demostrar a los demás la imposibilidad de aceptar a Urquiza, no halla recurso más oportuno que contar su propia experiencia, proyectándose en el centro de la acción. Sin duda, es el egotismo usual en él; pero en este caso no logra el equilibrio de composición que logró en algunas otras obras suyas como *Recuerdos*, por ejemplo, y el libro, brillante en cuanto a la anécdota o las descripciones, se diluye en explicaciones innecesarias o poco convincentes en cuanto al propósito que lo motiva. El lector no halla una explicación franca y coherente; sólo alusiones que oscilan entre la defensa de los intereses nacionales o la descripción de la sonrisa truculenta del General cuando está por tomar una decisión que Sarmiento juzgará como inaceptable.

Lo que no deja de ser curioso, es que Sarmiento atemperó más adelante el juicio negativo que le mereció Urquiza. Esto es un ejemplo rarísimo en él, pues no solía modificar sus opiniones. Cuando Urqui-

za lo apoya, siendo Sarmiento presidente y combatido por otros, acabará escribiéndole: "Creo que sin ofenderlo puedo decirle que usted era la encarnación del país como lo habían constituido los hechos históricos, al mismo tiempo que no creo aventurado decir que yo era como el programa de lo que debía ser, para entrar en las condiciones regulares de un pueblo civilizado".

Lo cual no deja de ser un curioso entendimiento, inscripto en un criterio histórico muy actual.

El relato, sin embargo, tiene páginas admirables, coloridas, que recuerdan a *Viajes* y que están entre las mejores de Sarmiento. He aquí uno de los párrafos más atractivos: "Descendimos el río y el *Blanco* atracó en las barrancas del Espinillo, puerto intermedio entre el convento de San Lorenzo y la villa del Rosario. Descender a tierra y montar a caballo fue la obra de algunos minutos. A caballo, en la orilla del Paraná, viendo desplegarse ante mis ojos en ondulaciones nuevas pero infinitas hasta perderse en el horizonte la Pampa que había descrito en el *Facundo*, sentido por intuición; pues la veía por primera vez en mi vida. Paréme un rato a contemplarla, me hubiera quitado el quepi para hacerle el saludo de respeto si no fuera necesario primero conquistarla, someterla a la punta de la espada, esta Pampa rebelde, que desde hace cuarenta años lanza jinetes a desmoronar, bajo el pie de sus caballos, las instituciones civilizadas de las ciudades".

En 1853 publica *Comentarios de la Constitución*, donde expone la doctrina del régimen federal. Después de la lectura de comentarios norteamericanos y de la observación directa del funcionamiento de ese régimen en Estados Unidos, sostiene las ventajas de dicho sistema sobre el sistema francés de centralización, que sirvió de modelo a Rivadavia. Envía a Mitre un ejemplar de la obra, diciéndole: "Estoy firme en

materia federal, en la que soy doctor, si para ser doctor bastara saber las cosas que toda aquella canalla togada”.

Se produce una nueva crisis política: Buenos Aires se separa del resto de las provincias mediante la revolución del 11 de setiembre. Sarmiento, elegido diputado a la Legislatura de Buenos Aires, no acepta; lo eligen entonces diputado al Congreso de Paraná, pero también resigna por sentirse “provinciano en Buenos Aires, porteño en las provincias y argentino en todas partes”; esto es, partidario decidido de la concordia. En marzo de 1855, tras una breve estada en San Juan, donde establece una quinta para enseñanza de la agricultura, pasa a Buenos Aires; allí inicia su carrera política desempeñando las funciones de concejal. Nombrado jefe del Departamento de escuelas, habilita nuevos edificios de enseñanza y redacta una publicación pedagógica importante: *Anales de la educación común*.

Desde *El Nacional*, en sucesivos artículos, plantea iniciativas que van dando forma a su imagen política: cercamiento de las estancias, ocupación y distribución de las tierras públicas. Es entonces cuando propicia una comunidad agrícola en Chivilcoy. Se ocupa además de aduanas, ferrocarriles, inmigración. En una palabra, de todos los problemas que encaraba la incipiente vida institucional argentina.

Se suceden los cargos. En 1857 es senador por San Nicolás, propiciando el voto secreto y otras medidas referentes a salubridad y circulación comercial. Impone, además, su opinión en el debate entre los propietarios de tierras de Chivilcoy, beneficiados con donaciones efectuadas por el propio Rosas o su régimen. Decide continuar sus duras críticas al régimen de tierras de Buenos Aires, al “latifundio que no deja lugar al hombre, que ha nacido en la estancia de cuarenta leguas, que no

tiene andando el día a caballo donde reclinarse su cabeza, que está sometido a las vacas, dueñas y señoras de la pampa”. Pero aquella prédica vehemente no halla el medio para concretarse en medidas efectivas. Sarmiento pronto advierte el límite de sus protestas. Los sectores dominantes, que aún no constituyen una oligarquía, fundamentan su poder en la posesión de la tierra y no habrían de tolerar una prédica que pretendiera modificar aquel estatuto. Por otra parte, Sarmiento no tiene seguidores: no hay suficientes agricultores que adhieran a su lucha —la provincia tiene en aquel entonces una minúscula zona agrícola centrada en Chivilcoy—, ni al peón de estancias le interesa convertirse en agricultor.

Después de Cepeda, triunfante Urquiza, asiste Sarmiento como convencional a la convocatoria que establecía el Pacto de San José de Flores. Unificado el Interior, sucede a Urquiza en 1860, Santiago Derqui y Buenos Aires elige gobernador a Bartolomé Mitre. De aquel gobierno es ministro Sarmiento, si bien por poco tiempo. Sólo permanece nueve meses en sus funciones: renuncia al estallar una revolución en San Juan, a la cual se lo considera vinculado por ser urquicista el gobernador depuesto y amigo suyo el promotor que encabeza el movimiento. La revolución es reprimida duramente, matándose a “lanza seca” al cabecilla, Antonino Aberastain, su amigo desde la infancia.

Se produce Pavón: el triunfo porteño de Mitre. Desorganizado entonces el gobierno que había tenido sede en Paraná, el país entra en una nueva etapa. Levantados los caudillos, Mitre envía al Interior ejércitos para terminar con ellos. El teniente coronel Sarmiento va a San Luis y Mendoza a establecer nuevos gobiernos. Al llegar a San Juan, le ofrecen el gobierno por aclamación. Es el año 1862. Su gobierno que abunda en notas pintorescas, multi-

con su propio vaivén. De ahí que la visión europea de Sarmiento nos permita intimar con él: ni estilo de fachada, ni movimiento de página escrupulosamente lineal, ni tomar las palabras con la punta de los dedos; más bien lo contrario: sus palabras se abren paso, avanzan sobre nosotros desgarrando la zona de lo vedado y su viaje inaugura una real comunicación en tanto supone un cuerpo a cuerpo y un esfuerzo por reconquistarse a través de una versión de Europa que no se corresponda con las visiones elaboradas. Por eso si nos atenemos a esa tensión y a su creciente impudor Sarmiento es el primer escritor moderno de nuestra literatura.”

David Viñas, Literatura argentina y realidad política.



Angel Vicente Peñaloza, *El Chacho*



Daguerrotipo de Sarmiento en la época en que era gobernador de San Juan. 1863

plica las iniciativas; alguna de ellas —la tributaria, en particular—, suscita la reacción negativa de los sectores más adinerados. Mientras tanto hace la guerra contra el último caudillo, el general Angel Vicente Peñaloza, el Chacho. La guerra se libra con ferocidad despiadada; acorralado, el Chacho es tomado prisionero y muerto a lanzazos en noviembre de 1863. Sarmiento afirmó que fue ejecutado por “acto espontáneo u orden que ignoro”. El caso es que no lo desaprobó. Tal actitud nunca fue olvidada por sus detractores, no halló justificación ni de los fieles sarmientinos.

Hostigado, y habiendo decretado el estado de sitio sin solicitarlo al gobierno nacional, es desaprobado, y renuncia a la gobernación (1864). Mitre, que lo advierte amargado por esta primera frustración, lleno de enemigos —dentro y fuera de su provincia—, le ofrece la misión de ministro plenipotenciario en Estados Unidos. Parte solo, ya que su matrimonio ha quedado irremediablemente roto; su imposible relación con Aurelia Vélez Sársfield ha motivado la separación. Además, su madre ha muerto.

Sarmiento presidente. — Tres años reside en Estados Unidos en función diplomática; antes, ha pasado por Chile y Perú. Fue en aquella misión en el Pacífico cuando Sarmiento desata una enérgica campaña en defensa de la soberanía sudamericana, amenazada por conatos de agresión europeos.

Quizá esté justificado comentar aquí otra actitud de Sarmiento, tomada en Chile en el segundo destierro, que suscita una acusación de traición. En artículos periodísticos, Sarmiento incitó a los chilenos a colonizar parte del Estrecho de Magallanes. Quizá hablar de traición sea abusivo o anacrónico. El sanjuanino sentía como cuyano y sudamericano, como argentino y chileno y era ajeno al sentimiento nacionalista.

Pensaba en una tierra desierta, de necesario poblamiento, desguarnecida ante un ataque europeo. Tampoco conocía los fundamentos documentales de los derechos soberanos argentinos sobre aquella zona, que se reúnen en 1879. Años más tarde, siendo presidente, cuando nacionalistas chilenos pretenden hacer valer aquellos artículos en la cuestión de límites con Chile que surge de pronto, adoptará una actitud diametralmente distinta, en defensa de la Patagonia argentina.

Volviendo a la estada en Estados Unidos, traba allí amistad con Emerson y Longfellow, prosigue la ya iniciada con Mary Mann, y se ocupa de mil cuestiones prácticas que podrían beneficiar a su país. Se vincula con gente importante, políticos, educadores, filántropos. Una asamblea nacional de maestros lo invita a hablar en Nueva York. La Universidad de Michigan le confiere el título de doctor “honoris causa”.

Desde hace un año se libra la guerra con Paraguay; en ella muere su hijo Dominguito. Sarmiento le dedica casi de inmediato unos apuntes biográficos. En el año (1866) ya ha escrito dos biografías: *la Vida de Lincoln* y *El Chacho, último caudillo de la montonera en los llanos de La Rioja*, páginas que cierran el ciclo de las biografías de Aldao y de Facundo, aunque con menos brío y vigor.

Su epistolario es abundante, escribe a Aurelia, a los amigos, a su hija Faustina. A ella es a quien relata el fuerte amor que ha despertado en una joven norteamericana, Ida Wickersham. En 1868 es lanzada su candidatura a la presidencia de la Nación, como una transacción entre Urquiza, Alsina y Elizalde; la propicia el coronel Mansilla, con apoyo del ejército y de las provincias antiurquicistas y antiporñeñas. El mismo año, Sarmiento se embarca para Buenos Aires sin saber aún si ha resultado electo. En el viaje, a bordo del “Merrimac”

redacta el esbozo de *Un viaje de Nueva York a Buenos Aires*, dedicado a Aurelia y que él pretende un diario íntimo. De hecho, está lejos de toda intimidad, como toda la escritura de Sarmiento, ajena a confesiones de tipo intimista.

En Pernambuco se entera del resultado de la elección: ha triunfado la fórmula Sarmiento-Alsina. Llegaba por fin a la función que tanto había ambicionado, a pesar de una cierta resistencia de su antecesor, Mitre. Su gobierno debe encarar múltiples conflictos: la guerra con Paraguay (que terminó en 1870), las epidemias de cólera y de fiebre amarilla, levantamientos militares como el de López Jordán y asesinatos como el de Urquiza, expediciones militares contra los indios; incluso se atentará contra su vida y habrá de enfrentar una revolución (la de Mitre).

Pero Sarmiento advierte que la oportunidad es única; a su amigo Posse le confiesa "te diré que si me dejan le haré a la historia americana un hijo".

Son seis años de múltiples iniciativas y de realidades efectivas que no amilanan aquellas conmociones. La obra es considerable. El mismo la ha sintetizado con estas palabras: "Realiza en el gobierno todo el programa anterior a Caseros y continúa su acción desarrollando y aclimatando principios e ideas liberales".

Imposible sería analizar la gestión presidencial de Sarmiento; no cabría en estas líneas. Fue respetuoso de la ley, pero ante una situación adversa se manejó con decretos e intervenciones provinciales, recurriendo incluso al estado de sitio y a la ley marcial. Fue una presidencia de puertas abiertas, no comprometida con sector alguno. Aceptó el capital extranjero, sin vincular al ejecutivo con él. Su acción sobre la enseñanza elemental, media y superior, sobre comunicaciones y ferrocarriles, sobre legislación judicial,

sobre expansión industrial, sobre fundación de instituciones científicas, militares, es decisiva en el panorama nacional.

Al abandonar el poder en 1874 entrega la presidencia a "su" candidato Nicolás Avellaneda.

De pronto, al bajar de la Presidencia, advierte que se halla aislado; el partido liberal se ha distanciado de él, por su estilo autoritario, por discrepar con la elección sarmientina del modelo norteamericano ya que aquél ha caído bajo el influjo del capitalismo inglés. Está enfermo y sordo y pobre como siempre. Su "ángel político" se va apagando. Con el nuevo gobierno entran a dominar las oligarquías provinciales que se han impuesto a Mitre. Después de un proceso donde gravitan los representantes de los capitales extranjeros, con imposiciones de todo tipo, donde se produce la unión de aquellas oligarquías con la de Buenos Aires, donde se crea un gran partido que ha de representar la unión de ellas, Sarmiento se ve apartado del proceso nacional y del quehacer público, o poco menos. La vida política argentina cae bajo el sistema del "unicato". Es la presidencia de Roca y el dominio de una familia.

Sarmiento enfrenta la situación, combatiendo el régimen hasta el fin de sus días.

Con todo, fue Director general de escuelas de la provincia y también senador de la Nación durante un período completo y, fiel a su espíritu combativo, no abandona ambiciones presidenciales. Son momentos de obstinada acción que no se concretan en realidades.

La última época. — En medio de ese clima, de cierta hostilidad hacia su persona, de sentirse desilusionado, defraudado, escribe la última de sus obras capitales: *Conflicto y armonía de las razas en América* (1883); es, él mismo lo dice, el *Facundo* de la vejez, no modificado,



Retrato de Sarmiento presidente. Lo obsequió a Urquiza en 1870



Sarmiento después de fallecido. En El Sudamericano de 5 de octubre de 1888

pero sí más documentado. Ante esta nueva Argentina oligárquica, la certeza de Sarmiento sobre el proceso nacional comienza a derrumbarse. Vacila, y ello lo impulsa a revisar los mecanismos que condujeron a tal fracaso, y más aún, a revisar las ideas conducentes. Converge con este deseo de documentarse el influjo del positivismo. El resultado, que se adecua a su actual estado de ánimo, es una descripción de la Argentina surgida en los últimos treinta años. Y lo que se observa está lejos de ser satisfactorio. ¿Por qué ese fracaso? ¿Por qué se ha alterado el rumbo impuesto por aquellos continuadores del 37? ¿Acaso se trata de un fracaso inevitable? Sarmiento halla la respuesta en la teoría de la raza, contraponiendo la herencia indígena, regresiva y aplacada, a la herencia blanca de libertad y de progreso. Mediante esta apelación a las ciencias naturales explica los fenómenos sociales que determinaron esta frustrante imagen que le ofrece una Argentina supeditada al personalismo y los abusos de un sector social. Con todo, no es un testimonio totalmente pesimista; confía en los procesos biológicos y en su efectividad, en la recuperación física que permite esperar el futuro.

Sarmiento está ya en la última etapa de su vida; vuelca su actividad en dos grandes y últimas campañas: el problema suscitado por la inmigración y la batalla por la enseñanza laica. Enfrentando al primero, postula a un extranjero que no se limite a enriquecerse, que procure integrarse, que aspire a gobernar, que ha de acceder al país real, ya que lo fundamenta, combatiendo un estado legal de corrupción, integrándose a la nación.

En cuanto a la segunda campaña refleja una posición tradicional en Sarmiento que no era católico ni disimulaba su anticlericalismo. Su defensa de la enseñanza laica, habiendo sido inspirador de la ley

1884, está parcialmente recogida en la *Escuela Ultra-pampeana*. Pero no se trata aquí, de una oposición entre el Estado y la tradición eclesiástica, de una actitud de fundamento político o ético. Se trata de hallar el mejor medio para construir la Argentina progresista que siempre anheló; y no una réplica agrandada de la ciudad que evoca en *Facundo*, Córdoba, confesional y estratificada.

De este último período son sus dos últimas autobiografías: *Memorias militares* (1884) y la *Vida de Dominguito* (1886).

Vive aislado, solitario, pero cubierto de honores. Enfermo, se retira al clima más benigno de Asunción, en el Paraguay, donde muere al amanecer el 11 de setiembre de 1888.

Quizá él mismo fue quien describió más certeramente su trayectoria: Son palabras escritas inmediatamente después de dejar la Presidencia y las denominó: *Autobiografía*.

"Nacido en la pobreza, criado en la lucha por la existencia, más que mía, de mi patria, endurecido por todas las fatigas, acometiendo todo lo que creí bueno, y coronada la perseverancia por el éxito, he recorrido todo lo que hay de civilizado en la tierra y todos los honores humanos, en la modesta escala de mi país y de mi tiempo; he sido favorecido con la estimación de muchos de los grandes hombres de la tierra; he escrito algo bueno entre mucho indiferente; y sin fortuna, que nunca codicié, porque era bagaje pesado para la incesante pugna, espero una buena muerte corporal, pues la que me vendrá en política es la que yo esperé, y no deseé mejor que dejar por herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las instituciones y surcado de vías férreas el territorio, como cubierto de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, del que yo gocé sólo a hurtadillas."

Bibliografía básica

Bibliografía de Sarmiento

Primeras ediciones:

Análisis de las cartillas, silabarios y otros métodos de lectura conocidos y practicados en Chile, Santiago, Impr. del Progreso, 1842.

Mi defensa, Santiago de Chile, El Progreso, 1843.

Método de lectura gradual, Valparaíso, Impr. del Mercurio, 1845.

Apuntes biográficos ("El general fray Félix Aldao"), Santiago de Chile, El Progreso, 1845.

Civilización i barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga, aspecto físico, costumbres i hábitos de la República Argentina... Santiago, Impr. del Progreso, 1845.

Viajes en Europa, África y América, Santiago de Chile, Julio Belín y cía, 1849, v. 1.

Viajes en Europa, África y América, Santiago de Chile, Julio Belín y cía, 1851, v. 2.

Educación popular, Santiago de Chile, J. Belín y cía, 1849.

Recuerdos de provincia, Santiago de Chile, Belín y cía, 1850.

Arjirópolis o la capital de los Estados confederados del Río de la Plata. Santiago de Chile, J. Belín y cía, 1850.

Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud América, Santiago de Chile, Villeneuve y cía, 1852.

Comentarios de la Constitución de la Confederación Argentina, Santiago de Chile, Impr. J. Belín y cía, 1853.

Memoria sobre educación común, Buenos Aires, Impr. del Ferrocarril, 1856.

Conflictos y armonías de las razas en América, Buenos Aires, 1883.

Obras completas publicadas bajo los auspicios de gobierno argentino. Luis Montt reunió en Chile el material de los primeros siete volúmenes, los publicó e hizo el plan general, que incluiría 53 volúmenes en total. Los restantes volúmenes estuvieron al cuidado del nieto de Sarmiento, Augusto Belín Sarmiento y fueron editados entre 1885 y 1903.

Este es el índice de títulos: V. 1: *Artículos críticos i literarios; 1841-1842*. V. 2: *Artículos críticos i literarios; 1842-1853*. V. 3: *Mi defensa. Recuerdos de provincia; necrologías y biografías*. V. 4: *Ortografía; Instrucción pública; 1841-1847*. V. 5: *Viajes en Europa, África y América; 1845-1847*. V. 6: *Política argentina; 1841-1851*. V. 7: *Civilización i barbarie*. V. 8: *Comentarios de la Constitución*. V. 9: *Instituciones sud-americanas*. V. 10: *Legislación y progresos en Chile*. V. 11: *De la educación popular*. V. 12: *Educación común*. V. 13: *Arjirópolis, capital de los estados confederados*. V. 14: *Campaña en el Ejército Grande*. V. 15: *Las ciento y una*. V. 16: *Provinciano en Buenos Aires, porteño en las provincias*. V. 17: *La unión nacional*. V. 18: *Discursos parlamentarios*. V. 19: *Discursos parlamentarios*. V. 20: *Discursos parlamentarios*. V. 21: *Discursos populares*. V. 22: *Discursos populares*. V. 23: *Inmigración y colonización*. V. 24: *Organización, Estado de Buenos Aires*. V. 25: *Política, Estado de Buenos Aires*. V. 26: *El camino del Lacio*. V. 27: *Abraham Lincoln. Dalmacio Velez Sarsfield*. V. 28: *Ideas pedagógicas*. V. 29: *Ambas Américas*. V. 30: *Las escuelas, base de la prosperidad y de la República en los*

Estados Unidos; Bibliotecas populares. V. 31: *Política constitucional*. V. 32: *Política constitucional*. V. 33: *Política constitucional*. V. 34: *Cuestiones americanas*. V. 35: *Cuestiones americanas; límites con Chile*. V. 36: *Condición del extranjero en América*. V. 37: *Conflictos y armonías de las razas en América*, segunda parte, póstuma. V. 38: *Conflictos y armonías de las razas en América*, segunda parte, póstuma. V. 39: *Las doctrinas revolucionarias (1874-1880)*. V. 40: *Los desfallecimientos y los desvíos; Política de 1880*. V. 41: *Progresos generales; vistas económicas*. V. 42: *Costumbres, Progresos*. V. 43: *Francisco J. Muñiz, Horacio Mann*. V. 44: *Informes sobre educación*. V. 45: *Antonino Aberastain. Vida de Domínguito. Necrologías*. V. 46: *Páginas literarias*. V. 47: *Educación al soberano*. V. 48: *La escuela ultra-Pampeana*. V. 49: *Memorias*. V. 50: *Papeles del presidente*. V. 51: *Papeles del presidente*. V. 52: *Escritos diversos*.

Bibliografía general sobre Sarmiento

Alberdi, J. B., *Grandes y pequeños hombres del Plata*, Paris, Garnier, 1913.

Anderson Imbert, E., *Genio y figura de Sarmiento*, Buenos Aires, Eudeba, 1967.

Arrieta, R. A., "Dickens y Sarmiento" en *Otros estudios*, Buenos Aires, El Ateneo, 1928.

Barreiro, J. P., *El pensamiento de Sarmiento*, Buenos Aires, 1943.

Belín Sarmiento, A., *Sarmiento anecdótico*, Saint Cloud, 1929.

Bischoff, E., *Sarmiento periodista*, San Juan, 1952.

- Bataillon, M., "Sarmiento, l'écrivain" en *Cinquantenaire de la mort de Sarmiento*, París, Université, 1939.
- Bunge, C. O., *Sarmiento; estudio biográfico y crítico*, Madrid, Espasa Calpe, 1926.
- Bunkley, Allison W., *Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, Eudeba, 1966.
- Carsuzán, M. E., *Sarmiento el escritor*, Buenos Aires, El Ateneo, 1949.
- Campobassi, J. C., *Sarmiento y su época*, Buenos Aires, Losada, 1975.
- Cúneo, D., *Sarmiento y Unamuno*, Buenos Aires, Transición, 1949.
- Gálvez, M., *Vida de Sarmiento; el hombre de autoridad*. Buenos Aires, Emecé, 1945.
- Giusti, R. F., *Siglos, escuelas, autores*, Buenos Aires, 1946.
- Groussac, P., *El viaje intelectual* Buenos Aires, 1904.
- Halperín Donghi, T., *Prólogo a Campaña en el Ejército Grande, México-Buenos Aires*, Fondo de Cultura Económica, 1958.
- Ingenieros, J., *Sociología argentina*, Buenos Aires, 1911.
- Lugones, Leopoldo, *Historia de Sarmiento*, Buenos Aires, Eudeba, 1961.
- Martínez Estrada, E., *Sarmiento*, Buenos Aires, Argos, 1946.
- *Meditaciones sarmientinas*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1968.
- "Sarmiento escritor" en *Historia de la literatura argentina*, dir. R. A. Arrieta, Buenos Aires, Peuser, 1958, v. 2.
- Onetti, C. M., *Cuatro clases sobre Sarmiento escritor*, Tucumán, 1939.
- Orgaz, R. A., *Sociología argentina*, Córdoba, Alessandri, 1950.
- *Sarmiento y el naturalismo histórico*, Córdoba, 1940.
- Palcos, A., *Sarmiento. La vida, la obra. Las ideas*, Buenos Aires, Emecé, 1962.
- Estudio preliminar en *Viajes...*, Buenos Aires, Hachette, 1955, v. 1.
- Pinilla, Norberto, *La polémica del romanticismo en 1842*, Buenos Aires, Americalee, 1943.
- Ponce, A., *Sarmiento*, Buenos Aires, Del Solar, 1976.
- Rodríguez Bustamante, N., Estudio preliminar a *Viajes...*, Buenos Aires, Hachette, 1958, v. 2.
- Rojas, N., *Psicología de Sarmiento*, Buenos Aires, 1961.
- Rojas, R., *El profeta de la pampa*, Buenos Aires, Losada, 1951.
- Viñas, D., *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1964.
- Verdevoeye, P., *Domingo Faustino Sarmiento; éducateur et publiciste (entre 1839 et 1852)*, París, Impr., Jouve, 1963.
- Véanse además:
- Sarmiento, educador, sociólogo, escritor, político*, número de homenaje con artículos de R. Caillet Bois, A. Ghioldi, A. M. Barrenechea, J. M. Monner Sans, etc., Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1963.

Sarmiento; aproximaciones. Revista Sur, Buenos Aires, n. 341, julio-dic. 1977. Reúne trabajos de Raimundo Lida, "Hacia el humor de Sarmiento"; B. Canal Feijoo, "La polémica inconclusa"; E. Anderson Imbert, "Sarmiento y la ficción"; P. Verdevoeye, "Costumbrismo y americanismo en la obra de D. F. Sarmiento"; V. Massuh; M. Monserrat; G. Weinberg; F. Weinberg; T. Halperín Donghi, "Sarmiento, su lugar en la sociedad argentina post-revolucionaria"; M. Sánchez Sorondo; J. C. Ghiano, "Una ceremonia mágica en la composición de Facundo"; Alberto G. Mosquera; Miguel de Unamuno; P. Henríquez Ureña; L. Lugones; E. Zeballos; P. Goyena; E. Liceda (h); dos cartas de Sarmiento y juicios sobre Sarmiento.

Facundo y Recuerdos de provincia

Susana Zanetti y Margarita B. Pontieri

Evolución de las ideas sociales de Sarmiento. — Al abordar el tema de los fundamentos ideológicos que operan en el pensamiento de Sarmiento, es preciso señalar que nos guía un doble propósito: el primero, establecer la línea evolutiva de su pensamiento y el reflejo de la misma en la escritura sarmientina; el segundo, esclarecer el contenido de los influjos que convergen en sus ideas, precisando cada filiación originaria. Porque aun cuando hay excelentes descripciones de las ideas sarmientinas, en ellas suele explicarse tal o cual influencia caracterizándola como romanticismo social, iluminismo o positivismo, citándose nombres que se inscriben esquemáticamente en determinadas corrientes culturales que son descriptas globalmente. Esta descripción muchas veces está lejos de reflejar posiciones individuales o tendencias que inciden como fuerzas operantes en el ideario de Sarmiento. Conviene aclarar, sin embargo, que tal esquematismo puede derivar de un hecho indudable: en el temperamento del sanjuanino hay una condición auténticamente creadora, pragmática y no teórica, que despista, pues lo aleja de una metódica y sistemática coherencia. Y así Sarmiento opina a veces como iluminista o "utópico", romántico o positivista. Sin anunciar una nueva posición, su originalidad consiste en aprehender aquello que su propia intuición le señala y a lo que acaba transformando en ideas que no son sino "herramientas de trabajo", seleccionadas por su empirismo repentista para el utilitarismo del momento.

En las *Obras completas* de Sarmiento abundan las referencias y citas de autores que nos informan acerca de su formación intelectual; asimismo son muchas sus confidencias sobre autores preferidos o el clima intelectual de su entorno.

Se elabora así, no sin cierta dificultad, una carta informativa que describe de manera más o menos directa cómo se ha ido gestando su pensa-

miento, estableciendo la existencia de tres corrientes operativas que hacen a la historia de la cultura: la iluminista, que conforma un primer estadio; la romántica, derivada de un posterior romanticismo social que se superpone a la etapa anterior, y un positivismo ligeramente peculiar en los últimos años de su vida.

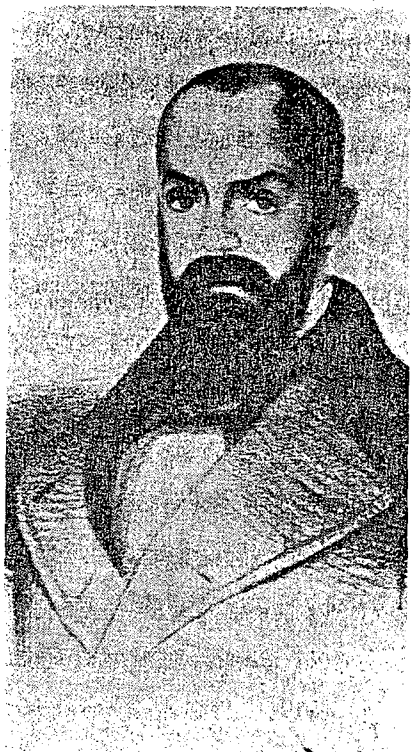
Las tres corrientes inciden desde distintos ángulos, desde distintos espacios temporales, en un sistema de ideas que fundamentalmente sirve al propósito primordial de Sarmiento: el logro de la unidad y organización nacional que habría de inscribir al territorio nacional en el registro de naciones progresistas y civilizadas.

El primer influjo intelectual que experimenta Sarmiento, se vincula con su asistencia a la Escuela de la Patria. En ella, de cuyos pormenores habla Sarmiento en *Facundo, Recuerdos de provincia y Educación popular*, desarrolló el sentimiento de igualdad social y de conciencia cívica de nacionalidad. Allí recibió el honor de ser considerado el primer "ciudadano". El hecho es sintomático y revela que durante los nueve años de asistencia escolar, por lo demás el único conocimiento sistemático que conoció, estuvo en contacto con un ambiente cultural imbuido de enciclopedismo. En efecto, los hermanos Rodríguez, preceptores de la escuela, adherían a la corriente iluminista que informaba los círculos revolucionarios porteños de 1810; el supuesto que la fundamentaba radicaba en el predominio de la Razón. De este supuesto derivaban ideas políticas y económicas muy precisas, o relativas a la tolerancia, la libertad, la igualdad y el progreso que pronto serán lugares comunes.

Cabe aclarar, sin embargo, que si la doctrina era originariamente francesa, con antecedentes ingleses, siendo sus transmisores asimismo franceses —Voltaire, Diderot, Montesquieu y demás epígonos—, la influencia renovadora llegada al Plata no procedía de aquel origen sino de



Ignacio Fermin Rodriguez



Retrato de Domingo F. Sarmiento en la segunda edición de Facundo

los núcleos ilustrados de la metrópoli española. Se trataba de los círculos llamados de afrancesados, integrados por economistas, políticos y escritores tales como Arandá, Jovellano, Quintana, Moratín, el padre Feijóo. Su adhesión a las ideas enciclopedistas se caracterizaba por una doble limitación. Tanto en España como en el posterior desenvolvimiento en los países hispanoamericanos, el enciclopedismo excluyó todo cuanto se refería a la crítica religiosa y a aspectos políticos vinculados con fundamentos antimonárquicos, aceptando integralmente solo los planteos directamente relacionados con criterios jurídicos, sociales, educacionales y económicos que podrían resumirse en la construcción de un ordenamiento racionalmente progresista.

Esta restricción cautelosa del enciclopedismo español fue rebasada en el Plata, en la teoría política, cuando hubo de enfrentarse con los problemas surgidos de la nueva condición autónoma del Estado. Se recurrió entonces al tratamiento de las fuentes originales, que ya eran parcialmente conocidas, de procedencia francesa o inglesa. Rousseau impuso la concepción de igualitaria soberanía popular y aportó la teoría que fundamentó al sector republicano de los revolucionarios criollos; Montesquieu propuso los principios fundamentales de filosofía política, en particular la técnica constitucional de la división de poderes. Mediante las lecturas de Bentham y Constant, el grupo ilustrado porteño incorporó un liberalismo incipiente, más político que económico, que suponía la figura de un Estado cuyo objetivo primordial era suprimir las trabas que se oponían al esfuerzo individual por el bienestar. Todo esto orientó hacia la búsqueda de un orden constitucional perseguido durante las dos primeras décadas de vida independiente, la concreción a partir del año 13 de aspectos parciales como la organización administrativa y política, el desarrollo de la enseñanza y la promul-

gación de leyes de avance social. Aquella defección española, además, contribuyó a la aceptación de un concepto típicamente enciclopedista: la imagen negativa de una España retrasada con respecto al orden europeo inscripto dentro de un desenvolvimiento progresista.

Todo este contexto teórico, al que podría agregarse una marcada tendencia individualista, está implícito en el pensamiento de Sarmiento. En él, los años de la adolescencia han sumado a sus fundamentos inciclopedistas lecturas heterogéneas superpuestas a un sustrato ético religioso que procede del hogar y que es permanente en su escritura. Cuando en 1862 recuerda sus primeros años de formación intelectual, y las enseñanzas recibidas en la escuela, dice: "Es que las primeras ideas guardan en el espíritu la posición relativa que han tenido, y por poco que encuentran confirmación se agrandan y desenvuelven determinando una posición en la vida".

En cuanto a la segunda tendencia de influjo intelectual, ella requiere una explicación contradictoria. La generación de Sarmiento confluyó en la vertiente de largos procesos de mutación de las condiciones vitales de la humanidad: desde el desarrollo de la ciencia y la secularización de la filosofía, hasta la introducción y depuración de la técnica y del maquinismo que posibilitaron el cumplimiento de los movimientos revolucionarios francés y norteamericano: la revolución industrial.

Como resultado entonces de la transición operada a partir del momento en que confluyen en el occidente europeo las consecuencias de las tres revoluciones —la independentista norteamericana, la política de la burguesía francesa y la técnico-económica industrial— se produce una primera manifestación visible que es la nueva concepción de la vida y que se presenta aparentemente como un nuevo modo de aproximarse a las relaciones económicas, sociales y po-

líticas que transmuta, si no niega, las ideas enciclopedistas.

En su más simple acepción, esta transformación puede ser definida como romanticismo, no sólo como renovación estética, sino como la afirmación de que el hombre ha de expresar cuanto encierra, superando el encuadre de la razón y retornando al origen más remoto para fundirlo con lo más inmediato. Una segunda generación romántica, alertada por lo que pudo haber de regresivo en aquella actitud originaria, confluó con el liberalismo político, procurando readaptar los postulados revolucionarios del 89. De esta posición derivaron dos tendencias; la primera, parcialmente inscripta dentro de la llamada línea utópica a través de Saint-Simon, Blanqui y Fourier, postula nuevos ordenamientos de organización social. Sus adeptos proceden de sectores burgueses, si no aristocráticos, en búsqueda de nuevos cauces, conmovididos por el despertar de una conciencia social sacudida por la irrupción del elemento masivo, y sombrados de que el anterior dominio organizativo progresista no haya aportado más que el bienestar de un sector socialmente privilegiado de la burguesía. Entre los primeros, Saint-Simon, que ha tenido ocasión de estudiar el desarrollo económico norteamericano, vinculándolo con el institucional. El núcleo de su doctrina, conformado como respuesta al fenómeno de un nuevo ordenamiento clasista, consiste en impulsar a la sociedad a la producción de bienes materiales; para ello, los trabajadores industriales —fabricantes, técnicos, agricultores, artesanos, financieros y comerciantes— son los motores del desarrollo y por ello han de ser los dominadores de la sociedad. En resumen, es una teoría de liberalismo avanzado, intelectual y defensora de la doctrina social del cristianismo primitivo. Esta teoría liberal de fundamento ético adquiere importancia por ser el antecedente de un desenvolvimiento ulterior. En cuanto a Fourier,

que despertó la admiración de los años juveniles de Sarmiento y el desencanto de los años maduros, expuso sus ideas en una obra titulada *Teoría de los cuatro movimientos*.

Allí formuló opiniones acerca de la creación divina de la naturaleza, en donde todos los fenómenos obedecen a leyes mecánicas y están regidos por cuatro movimientos, de los cuales el social es el de mayor gravitación. Ellos determinan un renovado orden de cosas, escindido en diversas fases consecutivas: salvajismo, estado patriarcal, barbarie, civilización; esto es asimismo un fenómeno de concentración habitacional que podría vincularse al crecimiento urbano. Sus ideas, de amplia difusión en la década del 30, carecen de fundamentos económicos o políticos y ello hizo que finalmente se vieran desplazadas por formulaciones sociales más radicales y mejor fundamentadas, cuyo análisis no corresponde a nuestro tema.

La segunda tendencia derivada del romanticismo, inscribe no sólo a críticos sociales, sino a economistas, burocratas, filósofos, jurisconsultos. Entre los primeros se destacan los llamados sansimonianos, que se distancian del planteo del mismo Saint-Simon. Esta tendencia destacó el carácter social de su doctrina, lo que explica el porqué de una denominación —socialistas— que los vincula aparentemente con teorías que, o son unos años posteriores, o de las cuales están totalmente alejados. Los sansimonianos fundamentan un liberalismo industrial y comercial que procura el acceso al mejor desarrollo socioeconómico a través de mecanismos de practicidad, incrementando capacidades y aptitudes mediante la enseñanza técnica. De hecho son los propulsores de un tecnicismo a ultranza, muy difundido en la década del 30. Entre sus adherentes corresponde mencionar a banqueros como los hermanos Péreire, tecnócratas como Lesseps —de larga amistad con Sarmiento—, y quien fue el primer obrero que se afilió al sansimonismo,



Sarmiento en Estados Unidos en 1867

Política educacional de Sarmiento

"Las ideas educativas de Sarmiento, en su intento posterior por imponerlas en su país, estaban indisolublemente ligadas a una concepción que las integraba con una política inmigratoria y colonizadora; o expresado con otros términos, propiciaba el pasaje de una Argentina ganadera a otra agropecuaria; uno de los elementos esenciales para lograr esa transformación, tal como se la acaba de enunciar, era la educación que, por entonces y a nivel primario, permitiría la formación de hombres que pudieran ser productores y, simultáneamente, partícipes de ese proceso de cambio. Tenía por tanto la educación una función tanto política como económica y social. Por supuesto que como educación popular hoy debe entenderse algo mucho más amplio. Y el mismo Sarmiento, estamos cierto, lo habría comprendido así, sobre todo frente al 'impacto' tremendo de la ciencia y de la técnica, convertidos en factores dinamizadores esenciales de la sociedad contemporánea. Una institución que fabrique hombres productores —escribe en 1856 en Educación común—, debe hacer pasar a los jóvenes de la escuela primaria a la escuela secundaria, 'donde empiezan a incrustárseles rudimentos de ciencias de aplicación'. Pero retornemos ahora al punto de partida. La difusión de las primeras letras posibilitaría el acceso a la lectura, y por ende, al conocimiento de las 'cartillas' a través de las cuales se difundirían las conquistas, asombrosas para la época, de la Revolución Agrícola e Industrial que conmovía a Estados Unidos y Europa Occidental.

Ahora bien, la preocupación por el nivel primario era correcta, pues educación elemental y educación popular podían considerarse por entonces poco menos que equivalentes. Desde luego que la efectiva alfabetización siguió un ritmo menos intenso del previsto (es el supuesto fracaso que le reprocharon sus críticos más severos). Pero ello quizá admita otra

Pierre Leroux; fundador del semanario *El Globo*, órgano de aquella tendencia y director de la *Revue Encyclopédique*, Leroux tuvo amplia difusión en el Plata y sus admiradores porteños lo llamaban "la más alta cabeza metafísica de Europa". Aquella revista amplió el elenco de los teóricos sansimonianos incorporando a Victor Cousin, elaborador del eclecticismo filosófico que en última instancia acomoda el viejo iluminismo a las nuevas circunstancias sociopolíticas, al teorizador del poder popular, Lerminier, el jurisconsulto que fundamentó éticamente el derecho, Jouffroy, a Villemain y otros. Todos ellos, por lo demás, participan de un enfoque historicista que es específico del romanticismo, pero que en Francia, por influjo de Vico y Herder, conformó una idea de la historia opuesta al antihistoricismo racionalista del siglo XVIII.

Las circunstancias políticas hicieron de esta amplia corriente un grupo de militancia cívica, de tendencia progresista y defensora de los intereses sociales. Así, casi como expresión política, llega al Río de la Plata e informa a la generación de 1837, que se entrega a la tarea de elaborar una política constructiva para el futuro, interpretando una recién descubierta realidad social. No sorprende entonces que muchas de sus postulaciones coincidan con la programática sansimoniana, incluyendo el temor a una demografía desbordada; pero esto es también otro tema.

Sarmiento, aún en su tierra sanjuanina, conoce este elenco de ideas y de autores por intermedio del correspondal sanjuanino de la Asociación de Mayo, Quiroga Rosas. Entre 1836 y 1838 madura y amplía su formación intelectual, adhiriendo con entusiasmo a estas nuevas corrientes románticas y estudiando sus formulaciones socioeconómicas, que le proporcionan temas, preocupaciones y meditaciones. Pero como ya advertimos, su peculiar tratamiento de formas ya elaboradas dificulta lo que

habría de ser una catalogación filada de su repertorio de ideas, optándose por generalizar sobre decenas de referencias que distinguen manes, establecen elecciones, pero que acaban conformando un mosaico abigarrado de lectura lenta, pormenorizada y detallista.

Con ello se han transitado las dos primeras etapas de la conformación intelectual de Sarmiento que, pertrechado con este ideario ya maduro, enfrenta en los once años de su destierro chileno lo más arduo y vigoroso de su producción intelectual.

Cuando esboza las primeras interpretaciones de la problemática suscitada por la conflictual situación argentina, dejando de lado los temas que no hacen al proceso nacional, Sarmiento formula su idea capital: la nación está desgarrada por un conflicto que enfrenta a la civilización con la barbarie. La primera formulación corresponde a 1839, todavía en tierra argentina y en ella habla de "una lucha social entre los principios liberales y civilizadores, por una parte, y el despotismo y la barbarie por otra". Al final de su vida, al comentar el hallazgo de la fórmula, la calificará "como una nueva fase en las cuestiones argentinas que cambia los términos del debate, llamándole, lucha de civilización y barbarie, de las campañas contra las ciudades.

Muchos han señalado que esta dicotomía procede de la lectura de *El llanero* o *El último de los mohicanos* del novelista norteamericano J. Fenimore Cooper. Cabe preguntarse si cuando se formula tal hipótesis se ha leído la obra de Cooper. En todo caso, es indudable que se desconoce el contenido de la historiografía romántica francesa, un ejemplo mucho más próximo como modelo. En Cooper —en particular en *El último de los mohicanos*, bien conocida por Sarmiento— puede haber evocado imágenes similares de la campaña argentina, pero no haber extraído de allí el concepto de barbarie, ya que el autor no pretende sino describir la

disputa de un territorio virgen, boscoso y lacustre, entre dos potencias europeas, en un marco donde el salvaje desempeña el papel del hombre de nobles sentimientos.

Más factible es la hipótesis de que Sarmiento haya encontrado en las etapas de Fourier, aquella civilización que siguió al estado de barbarie, el contenido y rótulo de su auténtica antinomia.

Asimismo se afirma que Sarmiento habría derivado de Cousin el concepto de guerra social que éste formula en su *Introducción a la historia de la filosofía*. Pero, ¿por qué Cousin?

¿Acaso no son decenas los ejemplos que proporcionan los historiadores románticos franceses cuando contraponen en vastos cuadros el enfrentamiento entre una incipiente burguesía urbana —las comunas— y los señorios feudales de la campaña? ¿Acaso Sarmiento no insiste repetidas veces en el conocimiento de ellos?

Para explicar el contenido de esta dicotomía Sarmiento, que es ajeno a la especulación abstracta, opta por la biografía, género que considera el método más apropiado para el tratamiento histórico y que, además de revelar una visión antropomorfa del mundo circundante, muestra el deseo de ubicar al hombre como eje del universo, como promotor del retroceso y del progreso. El título de la obra es ya indicativo: *Civilización i barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga. Aspecto físico, costumbres i hábitos de la República Argentina*. Señala un tratamiento que se inscribe dentro de la matriz de la concepción romántica de la historia. Desde el punto de vista historiográfico, esta concepción niega el carácter universalista de la historia iluminista, exaltando la idea de nación o de nacionalidad. Paralelamente, el romanticismo niega las mutaciones bruscas del desarrollo histórico, advirtiendo la presencia de fuerzas vivas, inconsistentes, irrazonadas, sostenidas por la costumbre, y gestadoras de actitudes y modos de vida; según ellas se com-

portan los grupos sociales que acaban constituyendo una nación. La vida nacional entonces será fiel a su propio destino en la medida en que es fiel a su tradición. El historiador romántico europeo indaga en el pasado el hallazgo de los elementos puros, no subvertidos aún. De ahí la búsqueda en el pasado medieval europeo y la sobreestimación de esta época.

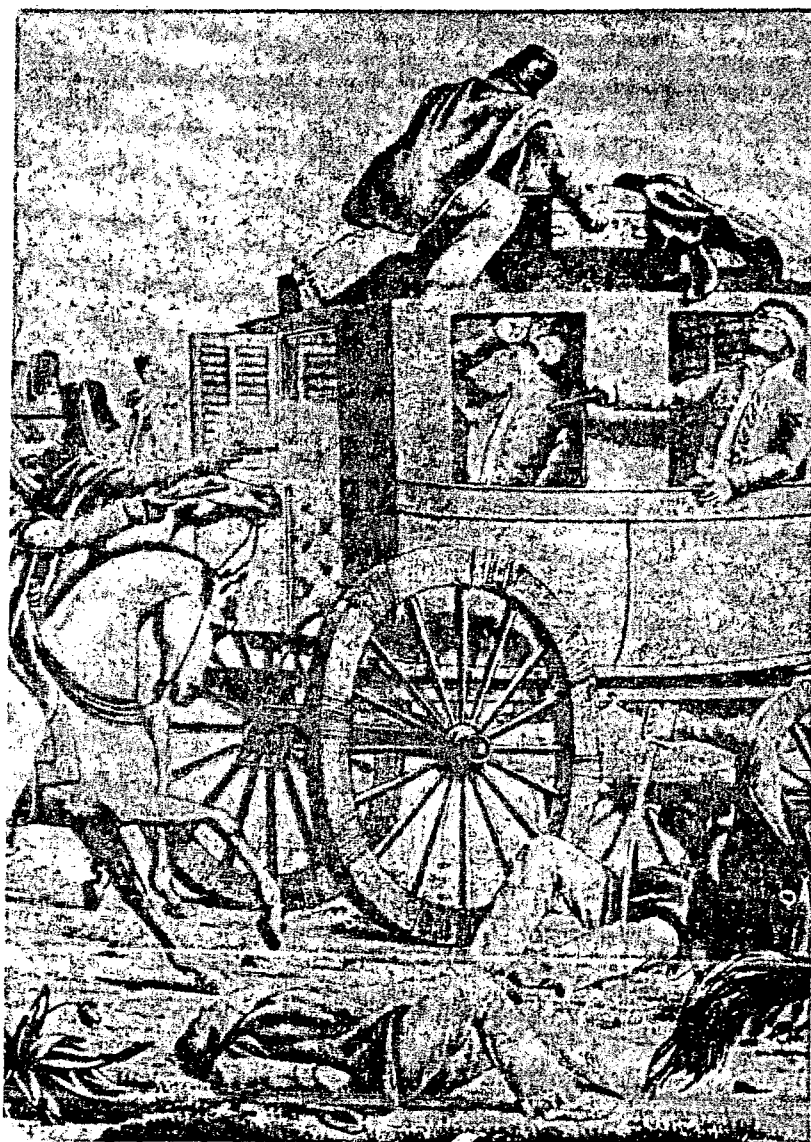
Sarmiento conoce todo el elenco de historiadores románticos, en particular los franceses: Guizot, Michelet, Tocqueville, Thierry. Estos dos últimos proporcionan el influjo más evidente en la obra del sanjuanino.

El primero, a través de la lectura de *La democracia en América* inspiró aparentemente la aplicación del determinismo geográfico, cuyo origen es Herder, apoyado por las observaciones de la línea analítica de las costumbres políticas y la influencia de la condición social sobre sensibilidad y costumbres. El segundo, a través de toda su obra, pero en particular del *Relato de los tiempos merovingios* proporciona un buen ejemplo de antagonismo social entre dos razas contrapuestas —francos y galoromanos, invasores e invadidos. Es un cuadro que describe actitudes, circunstancias, atisbos que van conformando una unidad entrevista a través de enfoques parciales, no continuos, que conforman vastas unidades de análisis que se enfrentan, contrapuestas. De este enfoque parte una línea historiográfica, inicialmente romántica, muy transitada en años posteriores por la historia europea: la antinomia de campiña y ciudad, según los conceptos de feudalismo contra burguesía, presentada como un avance progresivo del progresista burgués de la ciudad sobre el regresivo y antiguo dominador feudal de la campaña.

La dicotomía sarmientina es entonces la expresión de las vicisitudes argentinas, manifestada a través de una visión graduada según el prisma romántico, que busca lo original y propio, lo espontáneo y natural y

explicación: al no alcanzar la propiedad de la tierra (que estaba en manos de un sector reducido adueñado en gran parte de la pampa húmeda y que paulatinamente se iría apropiando de sus ampliaciones sucesivas como resultado de la llamada "conquista del desierto", concentración de la propiedad explicable sobre todo por el franco éxito de la economía pecuaria exportadora y que, por entonces, excluía al agricultor), al impedirle también el usufructo de los derechos de ciudadanía y el ejercicio efectivo del sufragio, el factor educativo no desempeña en este plan el carácter de una variable cambiadora tal como se desprendía del 'modelo' sarmientino inicial, sino que pasa a ser una variable modernizadora. Pero de todos modos, y hechas las salvedades del caso, jugó un papel fundamental como una ley de educación nacionalizadora de la inmigración e integradora del país."

(Gregorio Weinberg: "D. F. Sarmiento y José Pedro Varela" en *Sur*, n. 341.)



Asesinato de Quiroga en Barranca Yaco

donde lo típico sirve para explicar la historia, para caracterizarla en profundidad.

Sin embargo, este modelo romántico no agota el contenido del libro, el esquema romántico no propone ni descubre soluciones, ya que el fin es el sometimiento, la desgracia o la hecatombe. Sarmiento se desprende de este encuadre y postula un final positivo, un programa para el gobierno que ha de regir el destino nacional después de la caída de Rosas, y confía en él, en la coincidencia de los seguidores de la montonera y los progresistas ciudadanos que defienden la civilización.

Suele decirse, además, que el impulso originario determinante de la aparición del *Facundo* iba dirigido a reafirmar una imagen negativa de Rosas, imagen que la propaganda del régimen procuraba disipar. Pero en vez de un análisis que se aproxime al libelo, con nuevas exposiciones de viejos desmanes tiránicos, Sarmiento nos sorprende escudriñando los orígenes del régimen, llegando a inscribir el fenómeno dentro del marco general de los hechos originados en la emancipación colonial. Y así *Facundo*, sin dejar de ser literatura de combate, nos presenta un vasto cuadro históricossocial de la Revolución argentina, desde el año 10 hasta los días de su publicación, finalizando con las páginas programáticas de intención prospectiva. Describe así todo un ciclo de antagonismo entre la campaña y la ciudad, cuyo resultado ha sido el caudillismo localista primero y finalmente el despotismo absorbente y de hecho unitario, no federal, que caracteriza a la gestión pública de Rosas.

El propio Sarmiento nos proporciona el hilo conductor que establece, según su entender, la unidad y el sentido de su análisis. Dice: "La guerra de la revolución argentina ha sido doble: 1º guerra de las ciudades, iniciadas en la cultura europea, a fin de dar mayor ensanche a su cultura; 2º guerra de los caudillos contra las

ciudades a fin de librarse de toda sujeción civil y desenvolver su carácter y su odio contra la civilización. Las ciudades triunfan de los españoles y los caudillos de las ciudades. He aquí explicado el enigma de la revolución argentina, cuyo primer tiro se disparó en 1810 y el último aun no ha sonado todavía”.

La contraposición es en sí una teoría sociológica: lo americano es lo bárbaro, lo europeo, excluyendo lo español, lo civilizado. Una forma de vida peculiar de la campaña pastoril, de gran extensión y de escasa densidad demográfica, gesta la Argentina bárbara, el medio de vida pampeano y presenta asimismo la clave para interpretar el drama argentino. ¿Y en qué consiste este drama? En que sobre las ciudades gravita “el nivel barbarizador”, desfigurando el concreto modo de vida de estas mismas ciudades.

Dirigido contra Rosas, lo lógico hubiera sido que éste y no Quiroga, fuera el protagonista de la obra; pero no, Sarmiento elige a Quiroga, ya muerto, como arquetipo de la tendencia que culmina en el régimen sistematizado de Rosas. Ello tiene una explicación que va más allá de la propia elección de Sarmiento y que se vincula a la idea sarmientina de la vida histórica. En ella busca la caracterización del proceso dinámico que la informa, para expresar la sucesión de situaciones que generan el proceso mismo. El objeto del análisis sarmientino es entonces establecer el sentido de los cambios: positivos o negativos, no importa; importa sí captar el pasado que deviene, ponderando las fuerzas que provocan el proceso. Según Sarmiento, el pasado no es estático: es una corriente que fluye, que exige respuestas contingentes y que se proyecta hacia el porvenir. Es un proceso continuo regido por el principio del cambio. Por ello analiza el punto de partida colonial y lo rechaza, porque se opone a todo lo que incita al cambio; por ello elige a Quiroga,

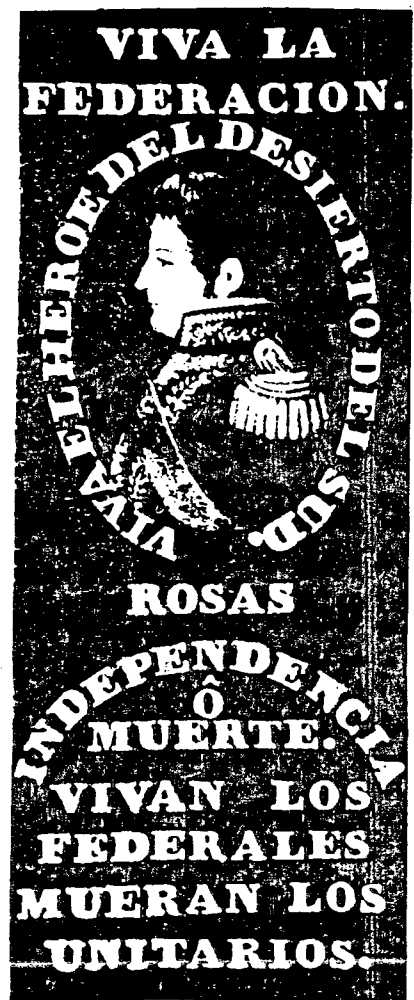
porque a través de la biografía del caudillo muestra los antecedentes, las determinantes de algo que en él es instintivo pero que acaba siendo sistemático en el propio Rosas.

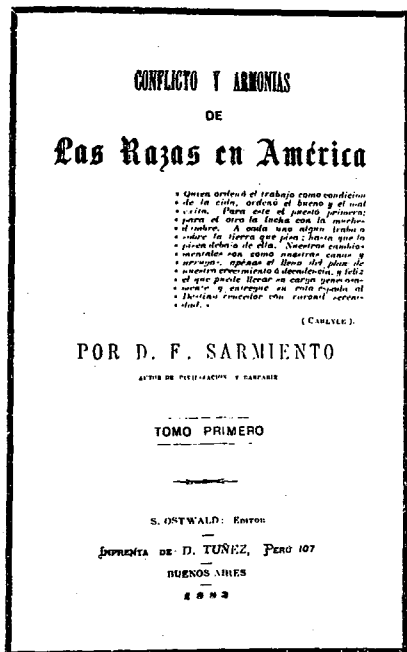
Y no deja de ser curioso que Sarmiento, negado como historiador por toda una corriente historiográfica argentina, rescate para la historia en pleno siglo XIX, el sentido dinámico a la que la más aguda y sutil tendencia historiográfica actual define como “ciencia del hombre, ciencia del cambio”.

Una última aclaración referente al *Facundo*. Hoy en día, este divorcio tan absoluto entre ciudad y campaña suscita objeciones bien fundamentadas. Si Sarmiento acierta genialmente al señalar las dos tendencias que corren a través de la historia argentina, se equivoca cuando radica cada una de ellas en aquella antinomia tan brutal. El escenario argentino difiere del europeo: en éste sí podría plantearse esta contraposición. Porque en la Argentina del siglo XIX hubo un vínculo entre la ciudad comerciante y la llanura ganadera. Los grandes propietarios de la pampa, aquellos caudillos potenciales, provienen de la ciudad (de donde procede su riqueza, que determinó el acceso a la tierra). Aunque adscriptos se desligan de la vida urbana y en los primeros treinta años del siglo XIX el grupo de grandes propietarios rurales crece a través del canal que transitan los hombres adinerados de la ciudad.

Después de *Facundo*, Sarmiento se aparta del patrón romántico. Luego de su viaje a Europa y Estados Unidos (de 1845 a 1848), y del retorno a la patria cuando se produce el derrocamiento de Rosas, Sarmiento reelabora su posición intelectual, influido por nuevas circunstancias y por nuevos conocimientos.

Esta nueva elaboración se insinúa en los *Viajes* y se define en los *Comentarios a la Constitución*, donde mues-





Portada de *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883)



Juan Manuel de Rosas

tra un liberalismo exacerbado, que rechaza horrorizado la demagogia revolucionaria. Corresponde advertir que ha incorporado la experiencia de la revolución de 1848, en particular según el desenvolvimiento ocurrido en Francia. Con todo, no se trata de una involución. Y lo demuestra esa buena síntesis del pensamiento sarmientino de aquel momento que es la *Memoria sobre el estado de las Repúblicas Sudamericanas*, presentada en 1853 al Instituto de Francia. Afirma allí un desprendimiento de muchos principios programáticos de carácter socializante, mostrándose expectante y casi prevenido ante el ascenso de masivos sectores laborales. Claro está, no aquí, sino en Europa, pero el ejemplo le señala una actitud más cautelosa que, por lo demás, se identifica con la que habrá de practicar todo el liberalismo burgués de esos años. "Su liberalismo" no se inclina hacia el conservadurismo; aspira a una sociedad democrática —de hecho más liberal que democrática—, a una sociedad de bienestar, de nivelación por la elevación, al pleno empleo de una sociedad industrializada, a la aparición de la mediana propiedad, a la posesión campesina de la tierra, a la condena del "latifundio ya que la propiedad inmensa no puede subsistir sin reformas, porque ello es un detonante de conflictos". El modelo está a la vista. Sarmiento ha verificado en la realidad las páginas de su admirado Tocqueville. Ha comprobado la existencia de una sociedad norteamericana en donde la democracia se ha constituido sobre los soportes de la producción industrial, incluso reconociendo —aunque parcialmente— los aspectos negativos de tal desarrollo. Pero su visión está encandilada y toda su promoción apunta desde entonces a hacer de la argentina la Norteamérica del sur. Su concepto de civilización se hace más utilitario y racionalista, expresando las necesidades de que la ciencia, el arte y la política concu-

rran al fin único del mejoramiento social, del avance del progreso, de la rehabilitación del que padece.

"Imitar a los Estados Unidos", es el lema con que machaca los oídos de sus compatriotas y entonces sí acaba replegándose en su liberalismo. Las lecturas de Lermínier le han enseñado a indagar acerca de los problemas del poder popular y resuelve que la libertad sin contenido ético carece de sentido. El pueblo ha de ser educado políticamente para que acceda al gobierno una generación de hombres probos y capacitados; transformará más que nunca, a su ideario en un plan político: educación, colonización, comunicación, emigración, distribución, industrialización. Son los años de su acción pública. Más tarde, las contingencias políticas elaboran una Argentina oligárquica que dista de la imagen idealizada que él ha soñado.

Busca entonces un cauce que lo informe, que explique la desviación. Procura documentarse y a través de su última obra capital, *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883), nos ofrece un panorama de sus nuevas inclinaciones intelectuales —no digamos ideas filosóficas porque solo las tuvo periféricas, y en su pragmatismo absoluto llegó a decir que no hablaba de "esas sonceras que se llaman filosofía". Siempre admiró a Bacon, en particular la metodología experimental e inductiva (a la que por error llama de deductiva), logrando a través de aquella postulación su mayor aproximación al campo filosófico, porque todo en él es pragmatismo, aunque muy alejado del de James o incluso del instrumentalismo de Dewey.

Ahora descubre a Spencer y elabora una concepción autónoma del autor de los *Primeros principios*. Sarmiento procura interpretar como propia la idea evolucionista de Spencer y su positivismo es sin duda más optimista y racional. El determinismo positivista que explica el penoso desenlace que Sarmiento observa en el

proceso argentino, converge en la elaboración de una teoría de la raza donde se contraponen el retraso de la herencia indígena al progreso del legado blanco. He ahí la clave del retroceso. Pero su positivismo, su adhesión al darwinismo le proporciona asimismo la salida de la que espera, una vez más, la realización que traerán los cambios históricos. La defecación será superada y cabe esperar lo que dijimos al principio, el logro de la unidad y organización nacional que inscriba definitivamente a la nación argentina en el registro de lo más progresista y civilizado.

Historia y biografía. — Suele decirse que la motivación del verdadero historiador está caracterizada por el deseo de aprehender en profundidad, una realidad a la cual está vinculado como miembro comunitario, haciéndolo mediante la captación de determinantes que conforman un cuadro del cual él mismo es parte integrante. Sin esto, sin los fundamentos de una conciencia historicista, el relato histórico no es sino una mera acumulación de datos.

Con todo, hay quienes defienden este conocimiento erudito, desvinculado de presiones contingentes; se pretende así alcanzar una verdad de científica objetividad, ajena a toda distorsión comprometida. Si esto fuera exacto, el cabal sentido de la historia no sería más que una elaboración de datos objetivos que acaban en un cuadro paradigmático. Pero no lo es; aquello no es más que una primera etapa, porque cuando este caudal de conocimientos es movilizado por la inquietud de la conciencia histórica, se afirma la hondura de este saber y surgen las proposiciones que harán de él una hipótesis interpretativa de la realidad. Se ha calificado a este momento como "la instancia creadora en el proceso del conocimiento histórico".

Este concepto no puede ignorarse cuando se analiza el vínculo existente entre la biografía y la historia, o

mejor dicho, cuando se aborda la caracterización de la biografía como una forma historiográfica. Esto es, aquel tipo histórico que parte de la captación de un individuo, y al que se lo ubica como sujeto de un devenir.

Así caracterizado, este tipo historiográfico presenta dos variantes: una, que encara el tratamiento biográfico de un modo que acabó siendo tradicional y que se inicia en el individuo, aunque sin desprenderse de una visión totalizadora del entorno sociopolítico; la otra, indagando en la singularidad individual, destacando precisamente el segmento que distancia aquella existencia del macrocosmo circundante. Llevada a su extremo límite esta variable desembocó en la biografía contemporánea.

Un estudio cronológico de la biografía demuestra que muchas de ellas conjugan ambas variables, oscilando en una mayor o menor ponderación de una y otra no sólo por la particular inclinación del biógrafo sino por la predominancia temporal de tal o cual sensibilidad.

El siglo XIX señaló, después de una larga pausa de desuso, el retorno al género biográfico, retorno ya insinuado en el siglo anterior como concepción arquetípica, fundada en los rasgos nacionales. Carlyle y Emerson son ejemplo de este esfuerzo por volver a la teorización biográfica. En la Argentina, J. L. Romero cita a los sagaces intentos de Sarmiento, efectuados sobre la base de figuras como Facundo, Aldao y Lincoln.

Para Sarmiento, que por su forma mental se sintió ajeno a toda especulación abstracta, la historia es un flujo de sucesos regidos por la ley del cambio, siendo este cambio el resultado de la acción de los hombres, de concretos seres de carne y hueso; sobre ellos operarán otras determinantes que establecen sobre un cuadro histórico un aspecto de filiaciones que va desde el determinismo geográfico hasta la psicología social. Visión antropomórfica, sin duda, de la realidad, que explicita la elección sarmientina



Domingo F. Sarmiento



Antonio Aberastain

del género biográfico, donde historia y biografía están prácticamente identificadas, señalándose además la practicidad del género en cuanto a la didáctica de la enseñanza histórica. Dice Sarmiento: "La biografía es el compendio de los hechos históricos más al alcance del pueblo y de una instrucción más directa y más clara. Mucho trabajo cuesta comprender el enlace de la multitud de acontecimientos que se desenvuelven a un mismo tiempo; pero nada es más fácil ni hay cosa que excite mayor interés y mueva simpatía más ardiente que la historia particular de un hombre del cual se extrae una lección ejemplificadora..." Y en cuanto a su predilección por el género, afirma: "Gusto a más de esto de la biografía. Es la tela más adecuada para estampar las buenas ideas; el que la escribe ejerce una especie de judicatura, castigando el vicio triunfante, alentando la virtud oscurecida. Hay en ella algo de las bellas letras, que de un trozo de mármol bruto puede legar a la posteridad una estatua. La historia no marcharía sin tomar de ella sus personajes, y la nuestra hubiera de ser riquísima en caracteres, si los que pueden, recogieran con tiempo las noticias que la tradición conserva de los contemporáneos. El aspecto del suelo me ha mostrado a veces la fisonomía de los hombres, y estos indican casi siempre el camino que han debido llevar los acontecimientos".

El registro de las obras biográficas de Sarmiento es amplio; ha escrito sobre la vida de El Chacho, Facundo, Aldao, Aberastain, Muñiz, Vélez Sarsfield, San Martín, Franklin, Lincoln, Horace Mann, Dominguito, Baigorria, los Oro, los Mallea, los Albarracín; todas ellas expresan, incluyendo las americanas, los fundamentos de la antinomia dialéctica con que Sarmiento tradujo la idea clave de su concepción histórica. Esto equivale a decir que su dicotomía civilización y barbarie no concreta solo un fenómeno local sino que refleja homólogo

gas situaciones de un curso histórico de ininterrumpida marcha hacia el progreso. Y adhiriendo a esta curiosa combinación de tendencias románticas y enciclopedistas, Sarmiento manifiesta una contradicción que suele no advertirse: esta suerte de homologación del curso histórico contradice el determinismo que es asimismo una característica de la caracterología sarmientina.

Su primer intento biográfico fue la *Vida del general Fray Félix Aldao* (1845), que se publicó en Chile con el subtítulo de *Apuntes biográficos*. Como interpretación sociológica dista del logro del próximo intento, el *Facundo*. Ambas obras constituyen junto con la biografía del Chacho, la trilogía del caudillaje; este estudio completa a través de tres etapas, el análisis de la figura del caudillo argentino como manifestación social como figura arquetípica que no es sino el reflejo del entorno.

Asimismo ha escrito varios relatos autobiográficos, entre ellos *Mi defensa* y *Recuerdos de provincia*, que son un testimonio nada sistemático de su adhesión a la concepción romántica. Es el sentimiento de la propia vida como drama, como vida histórica donde el destino nacional confluye con el destino propio. Por eso sus autobiografías se alejan del cartabón tradicional. De hecho son biografías de Sarmiento —las que él quiere presentarnos— narradas por el mismo Sarmiento. Esto es, sujeto y objeto a la vez del relato.

La historia es entonces, según Sarmiento, el equivalente de la biografía de "los hombres bárbaros que están plasmados por la geografía y la de los hombres civilizados que son las fuerzas plasmantes de la historia". Así Sarmiento no ha escrito más que biografías que no son sino historia argentina: una reducción antropológica de los acontecimientos nacionales.

Cabe acotar que cuando Sarmiento se desprende de estos términos concretos, sin los individuos que explican

una modalidad o una época, como sucede en *Conflicto y armonías*, la singular captación sarmientina parece perder aptitud.

Solo en la concepción antropomórfica de los hechos históricos, cuando esboza la historia como una relación personal, es cuando Sarmiento despliega la cabal condición de su genio. Su escritura biográfica vincula entonces el hecho fáctico con la psicología social, al hombre con el ambiente, al pasado con el presente, dentro de una concepción analítica que somete al individuo a las leyes del determinismo, desarrollando una historia simétrica a la caracterización de los hombres representados.

El caso más indicativo es el *Facundo*. Facundo Quiroga representa una etapa de transición; aquella que se ubica entre un punto de partida colonial y un punto de llegada que es el sistema del régimen rosista. "Facundo Quiroga —dice— es el tipo más ingenuo del carácter de la guerra civil de la República Argentina, es la figura más americana que la revolución representa. Facundo Quiroga enlaza y eslabona todos los elementos de desorden que hasta antes de su aparición estaban agitando aisladamente en cada provincia; él hace de la guerra local una guerra nacional, y representa, al fin de diez años de trabajo, de devastaciones y combates, el resultado de que sólo supo aprovechar el que lo asesinó".

Al identificar historia y biografía, al señalar las dos tendencias contrarias que agitan la vida argentina como representaciones programáticas de una misma realidad, Sarmiento señaló un camino proficuo, el examen de la historia como juego de fuerzas esencialmente sociales, que espera aún un tránsito de mayor abundancia.

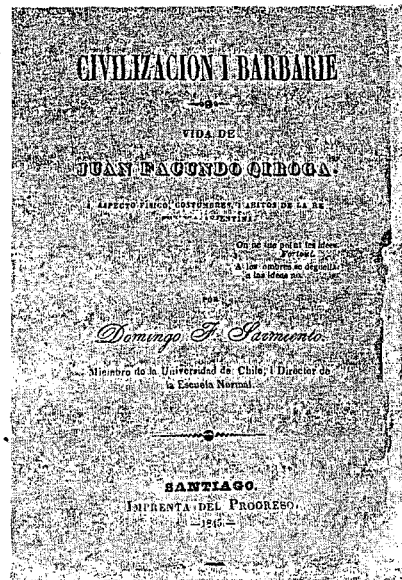
Facundo y su proyecto. — Como casi todos los textos de Sarmiento, *Facundo* responde a una circunstancia precisa e inmediata; como casi todos ellos, también la trasciende,

ampliando la motivación concreta. En abril de 1845 llega a Chile Baldomero García, enviado de Rosas, quien, entre otras cuestiones, trae como misión protestar por la campaña antirrosista de los exiliados argentinos, en especial la de Sarmiento.

Este hecho precipita la aparición de *Facundo*: el 1º de mayo se anuncia como folletín en *El Progreso*, comienza a editarse al día siguiente y continúa por tres meses. El 28 de julio, *El Progreso* también publica el libro: *Civilización i barbarie, vida de Facundo Quiroga i aspecto físico, costumbres i hábitos de la República Argentina*, llamado siempre *Facundo* a secas por Sarmiento, quedando este título consagrado por el uso. Desde el año anterior Sarmiento pensaba en Quiroga como personaje ejemplificador de su concepción de la barbarie, según lo revela su artículo de *El Progreso* de 28 de agosto de 1844.

Certifican asimismo el proyecto la carta a Anselmo Rojo de 22 de febrero de 1845 —"pienso recolectar datos para la biografía de Quiroga. éste será un cuadro brillante y ésta y la de Aldao mandarlas a la *Revista de Ambos Mundos* para que se publiquen"—, y los pedidos de información a Antonino Aberastain y a Amaranto Ocampo.

La premura con que debió escribir la obra es reiterada por Sarmiento una y otra vez: en el anuncio de *El Progreso* ("Un interés del momento, premioso y urgente a mi juicio, me hace trazar rápidamente un cuadro que había creído poder presentar algún día, tan acabado como me fuese posible. He creído necesario hacinar sobre el papel mis ideas tales como se presentan, sacrificando toda pretensión literaria a la necesidad de atajar un mal que puede ser trascendental para nosotros"), en la "Advertencia del autor" a la primera edición, en la carta a Alsina y al general Paz (de 22 de diciembre de 1845); en ésta última amplía la intencionalidad política ("Remito a S. E. un ejemplar del *Facundo* que he



Portada de la primera edición de *Facundo*

Sarmiento y la barbarie

"El libro de El Facundo es peligroso para los tutores argentinos de provincia.

Es el manual del caudillo y del caudillaje, en que el autor desenvuelve y consagra la teoría del crimen político y social como medio de gobierno. Biografía de un caudillo cuya vida es un tejido de robos, de asesinatos, de violencias y atentados de todo género. El Facundo es un proceso criminal hecho a Quiroga, en efecto, pero en que el juez acaba por absolver al reo de lesa humanidad y de lesa patria, desde que le oye hablar de constitución (pág. 152); conclusión que no es sino la vieja inmoralidad enseñada por Maquiavelo, según la cual el fin justifica los medios.

La biografía que, como ejemplo, educa a sus lectores, educa antes que a ellos al biógrafo mismo, el más familiarizado con ese ejemplo y más expuesto a su contagio.

Constituido Sarmiento en Plutarco de los caudillos o criminales políticos de su país, ha tomado de la moral de su héroes más de lo que él piensa."

Estos párrafos de Juan Bautista Alberdi, pertenecientes a "Facundo y su biógrafo" (Escritos póstumos, v. 5), apoyan sin duda la afirmación del historiador Tulio Halperin Donghi en "Facundo y el historicismo romántico; civilización y barbarie":

"Para Sarmiento, barbarie no es tan sólo ignorancia de lo que el civilizado sabe; es también sabiduría de lo que el civilizado ignora. Vico había revelado en la barbarie todo un mundo regido por leyes distintas de las que gobiernan el mundo moderno; un mundo en el cual época, magia, mito, hacían las veces de historia, de ciencia, de filosofía...

No, no hay tan sólo repulsa en la actitud de Sarmiento ante la barbarie, no es tan sólo para injuriar al enemigo muerto, sino precisamente para entenderlo.

Y si la imagen que Sarmiento dio de Facundo parece hoy a algunos en exceso

escrito con el objeto de favorecer la revolución y preparar los espíritus. Obra improvisada, llena de inexactitudes a designio a veces, no tiene otra importancia que la de ser uno de tantos medios para ayudar a destruir un gobierno absurdo y preparar el camino a otro nuevo.") de la carta a Rojo citada, al privilegiar un destinatario europeo, de modo de incidir sobre la imagen de Rosas ante Francia e Inglaterra para lograr un apoyo directo en la lucha que argentinos y uruguayos sostienen desde Montevideo.

Conviene retomar algunas de estas afirmaciones sarmientinas. Sarmiento sale al paso ante posibles rectificaciones sobre la historia contada. Se las hicieron, especialmente Alsina y Alberdi. Promete también revisar su trabajo. Nunca lo hace. Pues si bien es cierto que corrigió y suprimió partes del texto en las sucesivas ediciones, lo hizo siempre llevado por razones políticas del momento. Cuando plantea una corrección consulta a Dalmacio Vélez Sarsfield y a su hija Aurelia Vélez, que disienten en el consejo. El primero le recomienda: "Me parece que el Facundo *mentira* (subrayado en el original) será siempre mejor que el Facundo verdadera historia" (carta de octubre de 1865), y Sarmiento decide en carta a la segunda: "No tocaré con mis trémulas manos de viejo al Facundo por complacerla a usted, cuyo juicio y cariñosa tutela respeto y acato..."

Dudosa es también su afirmación de "sacrificar" las pretensiones literarias. Veamos el proyecto explícito de la "Introducción" y de la "Carta a Alsina". El acápito de Villemain autoriza una historia apasionada; el *Curso de literatura* de donde procede la cita, coloca a la obra en el sistema de la literatura. Es ésta una elección expresa y marcada, más allá del hecho de que la *Historia* perteneciera aún a las Bellas Letras y, por lo tanto, fuera objeto a considerar en el libro de Villemain. "Pobre librero", "estos ligeros apuntes" es la califica-

ción del autor (el mismo que no tocará con sus "trémulas manos de viejo" un texto cuya eficacia expresa de este modo: "Y luego los ricos, no despojen al pobre quitando la venda de los ojos a los que lo traducen — se refiere a la traducción al italiano de *Facundo*—, cuarenta años justos después de haber servido de piedra para arrojarla ante el carro triunfal de un tirano, y ¡cosa rara! el tirano cayó abrumado por la opinión del mundo civilizado, formada por este libro extraño, sin pies ni cabeza, informe, verdadero fragmento de peñasco que se lanza a la cabeza de los titanes." O. C., v. 46). La "Introducción" enuncia dramáticamente una "ardua" y solitaria empresa de desciframiento del destino nacional ("desanudar este nudo que no ha podido cortar la espada"), imprescindible para una acción eficaz cuya mira es el progreso futuro. La empresa es ardua tanto desde el punto de vista del análisis histórico-social propuesto ("Penetrar en el interior de nuestra vida política, como en un campo vastísimo y aún no explorado..."), como desde la concreción de una literatura americana que restituye el "poncho", lo original y propio, una textura liberada del modelo ajeno ("el frac" europeo) que cubre y desnuda con el espesor de su mismo tejido el primer gran personaje de la literatura hispanoamericana, el *Facundo* verdad, literaria. Sarmiento realiza con *Facundo* un deseo que ejemplifica con Bolívar: "Bolívar, el verdadero Bolívar, no lo conoce aún el mundo, y es muy probable que, cuando lo traduzcan a su idioma natal, aparezca más sorprendente y más grande aún." (El subrayado es nuestro.)

La empresa es también solitaria no solo por la puntualizada diferencia en cuanto al tratamiento de los materiales en que basa la indagación con respecto a los integrantes del Salón Literario ("Algunas publicaciones periódicas, algunos opúsculos en que las doctrinas aparecían mal digeridas

aún.”) —aunque incorpore las Palabras simbólicas del *Dogma socialista*—, sino especialmente por la envergadura que cobra el sujeto que enuncia un texto extraído de las entrañas profundas, que para internarse en la “vida secreta” arrostra una vorágine de hechos (“lavas ardientes que se revuelcan, se agitan, se chocan bramando...”)) que alcanza dimensión cósmica (“bien así como los planetas se salen de sus órbitas...”), y cuyo relato aparece recorrido por una atmósfera infernal y sangrienta. Sujeto entregado a una aventura en la que penetra a partir de su “yo” personaje (“A fines de 1840, salía yo de mi patria...”), que transita un espacio dilatado y riesgoso, tal como la tripulación de carretas que atraviesa la pampa, para “hundir su(s) mirada(s) en las tinieblas profundas de la noche”. (Es notable que el único momento del transcurso natural del tiempo que aparece específicamente anotado en el *Facundo* sea la noche, la cual, al conjugarse con un espacio constantemente connotado por lo infinito y lo desértico, metaforiza —románticamente por cierto— la producción de ese desciframiento que tiene su origen en la invocación de una “sombra terrible” y cuyo destinatario último pareciera ser un “noble pueblo”, antítesis violenta que recorre el primer período de la invocación y que resuena en la obra entera. Es notable también, que las dos obras más grandes de nuestra literatura (por qué no decir de la literatura en lengua española del siglo XIX, sumados los dos libros de poemas de Martí), *Facundo* y *Martín Fierro*, surjan desde la soledad de quien enuncia hacia la soledad de quien irremediablemente desaparece.

El proyecto de Sarmiento en el *Facundo* es múltiple. En primer lugar se propone explicar el enigma de la realidad nacional analizando las causas de orden histórico, geográfico, social, desde el estudio de la vida de Quiroga para entender el actual gobierno de Rosas. Justifica teórica-

mente la elección de la biografía y del personaje, explica la información y la documentación utilizada, tanto como el modo de composición —“poner antes las decoraciones y los trajes americanos, para mostrar enseguida al personaje”, a fin de evitar comentarios y explicaciones.

En segundo lugar, su proyecto incluye la necesidad de contestar a la indiferencia y extravío de Europa frente a los asuntos del Plata y a la crítica de los hispanoamericanos, justificando el llamado a la intervención extranjera, actitud en la que coincide, entre otras, con la de Echeverría en la “Ojeada retrospectiva”. Cumplir este cometido significa recuperar “el don de lengua” arrebatado por Rosas, es decir, competir con el *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*, editado en español, inglés y francés y redactado por Pedro de Angelis, destinado a consolidar el apoyo de Rosas en Europa.

Por último, quiere afirmar la posibilidad de actuar aportando “ideas”, “consuelos”, “estímulos”, y la necesidad de hacerlo, rechazando la fatalidad de ese presente oscuro por la fatalidad del triunfo del progreso (de allí la calificación de Rosas como “sombra impotente”). Tal pluralidad de objetivos se condensan en la función del escritor, que en la “Carta a Alsina” concibe así: “Hay una justicia ejemplar que hacer y una gloria que adquirir como escritor argentino: fustigar al mundo y humillar la soberbia de los grandes de la tierra, llámense sabios o gobiernos.”

La pluralidad señalada se corresponde, por otra parte, con la pluralidad de destinatarios, de modos de enunciación, de tiempos y espacios, del tipo de documentación utilizada y del modo de incorporación (reportaje, transcripción, comentario, elusión, etc.) y de otros recursos de la obra. Esta pluralidad peculiariza de tal modo al *Facundo* que ha planteado la cuestión de su género. Alberto Palcos resume la diversidad diciendo: “*Facundo*, tal lo cierto, rompe los

tenebrosa, en su tiempo se le reprochó más bien una excesiva complacencia; se llamó a su autor Plutarco de los bandidos.

Pero tampoco esa censura es justa: Sarmiento no quiso, desde luego, reflejar el curso de una carrera de crímenes; mucho menos buscó narrar una vida ejemplar. Todo juicio moral sobre la persona de Facundo Quiroga ha sido cuidadosamente dejado de lado.

¿Facundo se salva o se pierde? ¡Qué importa! Lo que se pide de él es un testimonio sobre los modos de sentir y de vivir que lo han hecho posible, que en él se reconocen.

Para alcanzar este nuevo punto de vista debía Sarmiento realizar un intenso esfuerzo de adecuación; un esfuerzo, por otra parte, muy felizmente logrado.

Para advertir cuán felizmente sería preciso comparar el Facundo con todo una vasta literatura denigratoria, hoy olvidada, en que se complacían los emigrados. Con todo eso tiene Facundo muy poco en común.”



Portada de la segunda edición de Facundo

moldes tradicionales de los géneros literarios. Clasificarlo, conforme se ha propuesto, entre las novelas, equivale a caer en error tan grave como incluirlo entre los libros de historia.

Facundo es de todo un poco: biografía, novelesca por su interés, de Quiroga y, en menor grado, de Rosas; magnífico poema descriptivo, hasta ahora no superado, de nuestra República y de los tipos peculiares que engendra; movida, dramática, historia de la Revolución y de los sucesos posteriores; fascinante ensayo sociológico cuando el género está en pañales en Europa; y, en todo momento, formidable alegato contra el sistema reinante en el país y programa de nuestro porvenir y de América".

Para Guerrero es precursor de la biografía novelada hoy en boga.

Sarmiento mismo señala esta cualidad de *Facundo* "libro extraño", "informe". Pero consideramos que este planteo tradicional del género debe ser puesto en el respectivo marco histórico, mediados del siglo XIX, siglo histórico por excelencia, momento en que aún no han vertebrado su estatuto particular ni el ensayo sociológico, ni el histórico, ni se han desgajado del sistema literario o filosófico.

El *Facundo* se escribe, además, dentro de un período que ha proclamado como imperativos la originalidad, la individualidad y la libertad, banderas del movimiento romántico que postula también Sarmiento, entre cuyas consecuencias se encuentra la ruptura de la concepción clásica de los géneros. El *Facundo* se inscribe, por otra parte, en un corpus literario que recién comienza a conformarse, carente de tradición colonial, o de tradición a secas, cuyos gestores —acordes con la independencia política lograda— proclaman la independencia cultural, hecho que los lleva, por ende, a apartarse de la tradición literaria española, única que podría haber ceñido a la obra de Sarmiento en las convenciones de género. La conformación débil de nuestra literatura por entonces, unida a la libertad

proclamada por el romanticismo, produce un espacio lúbil que permite la aparición de un ensayo, a tal género pertenece la obra, que lleva a extremos la pluralidad y la mezcla. De todos modos la urgencia por persuadir, por convencer, y también por comprender, señaladas por el ímpetu y la pasión, exige una palabra cuya presencia acumule pluralidad de códigos y de vínculos contextuales, que "diga" lo que comunica por su peso propio en el discurso, de modo tal que resuene en todas sus posibilidades significativas. Y esa palabra, eminentemente literaria, es la que instaura ese "pobre escritor americano", quien no descarta recurso, aunque elige una y otra vez los ya probados por su eficacia, de la ficción romántica, el folletín, o el drama acorde con un sistema donde cobran igual peso Thierry, W. Scott, Tocqueville o Fenimore Cooper. Es cierto también que los contemporáneos repararon en esta elección. Así le dice Echeverría a Alberdi: "Está poseído por la manía del cuento y de la anécdota". Antipatía de lado; es cierta la atracción que ejerce en Sarmiento volver concretos los conceptos, asir los vínculos entre hombres, objetos, naturaleza, mediante personajes, retratos, detalles de costumbres, anécdotas, dichos (esos "por menores" que transitan insistentemente el *Facundo*), y sobre todo relatos. Son relatos de muy diverso tono y tipo, encuadrados dentro del sistema del romanticismo, con fuerte peso del color local y a veces del relato sentimental, como el de Severa Villafañe ("un romance lastimero"), "un cuento de hadas", el que, sin embargo, concluye irónicamente ("Una hubo que dio un grito al verlo y cayó exánime. ¿No es un lindo romance? ¡Era la Severa!"). Es notable no solo la capacidad de Sarmiento para componer personajes, a veces en pocas líneas, o señalar rasgos psicológicos que sirvan a los fines que busca, sino sobre todo la eficacia de los finales como puede verse en el relato de Ca-

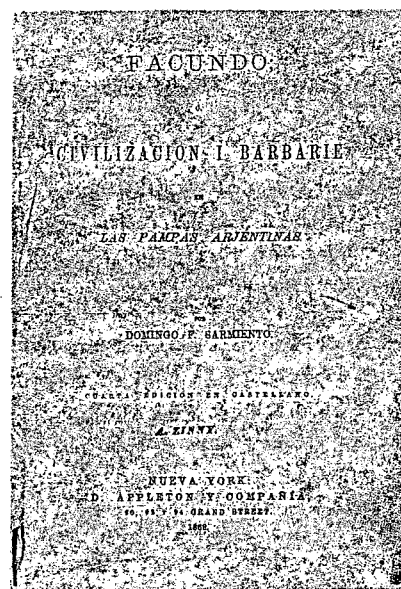
libar del cuadro sobre el rastreador, y en el mejor de ellos, la célebre presentación escenificada de Quiroga —la segunda, como apunta acertadamente Jitrik en su valioso *Muerte y transfiguración de Facundo*, pues la primera es la invocación— en su encuentro con el tigre (“Entonces supe lo que era tener miedo” —decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso.”) La sola revisión del modo en que aparece articulado el verosímil de la “historia” narrada, explica a la vez cómo no era necesaria una verdad histórica de documento (rectificar luego, según ésta, hubiera significado quebrar aquélla) y cómo la obra se incluye en un código totalmente literario.

Tanto en *Facundo* como en *Viajes* Sarmiento expone su concepción de la literatura nacional. En la primera de ellas plantea el problema de la literatura y de la poesía popular justamente en el capítulo titulado “Originalidad y caracteres argentinos”, y caracteriza lo que considera una verdadera creación americana, con rasgos que señalan sin dudas a *Facundo*: “Si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales, y, sobre todo, de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia: la lucha impotente de América, y que da lugar a escenas tan peculiares, tan características y tan fuera de ideas en que se ha educado el espíritu europeo, porque los resortes dramáticos se vuelven desconocidos fuera del país donde se toman, los usos sorprendentes, y originales los caracteres”. Reconoce en este sentido el aporte de Echeverría —cuyo poema *La Cautiva* cita— y de Domínguez. Junto a esta poesía culta destaca también la poesía y los cantos populares, adhiriendo a la concepción romántica, nacidos del enfrentamiento del hombre con una

naturaleza grandiosa, misteriosa, que produce sensaciones de infinito. El mismo elige como personaje representativo a Facundo, un ser que es ya leyenda popular. Es el “costado poético” de la vida pastoril el que puede constituir la base de la literatura nacional y su riqueza ya se vislumbra en comparación con el resto de los países hispanoamericanos.

En *Viajes* disminuye la importancia de la poesía en nombre de la utilidad, aunque rescata de manera laudatoria la poesía militante —se entusiasma con Mármol, a quien llama el “poeta de la imprecación”, frente al “poeta de la desesperación”, Echeverría, a quien dedica páginas que no recuperan la lucha de éste como similar a la propia. Nuevamente se detiene en la poesía gauchesca, elogia largamente sus valores, en especial en la obra de Ascasubi e Hidalgo (“A mí me retozan las fibras cuando leo las inmortales pláticas de Chano el cantor.”).

Civilización y barbarie. — [Sarmiento estructura su interpretación del país sobre la base de oposiciones que confluyen en una fundamental, civilización/barbarie, elegida como título del libro. Se trata de una compleja serie de oposiciones trabadas entre sí, que sufren desplazamientos y cambios de contenido en el devenir histórico hasta desembocar en la total barbarización con el gobierno de Rosas. Las oposiciones se articulan desde diversos ejes vinculados causalmente: el ambiente físico (ciudad/campaña), la sociedad por él generada (barbarie americana/Europa), cuyos modos de vida configuran a su vez tipos humanos (gaucho/hombre culto), simbolizados en hombres representativos (Quiroga, Rosas/Rivadavia), todos subsumidos al eje temporal, el cual supone un progreso indefinido ineludible. Todos ellos se presentan desde las perspectivas señaladas por las partes en que se divide la obra: Aspecto físico, Vida de Juan Facundo Quiroga y Gobierno



Portada de la tercera edición de *Facundo*



Rivadavia. Grabado de Carlos Zuner

unitario. Las oposiciones vertebran tanto la historia nacional como la biografía de Quiroga; es por ello que ni una ni otra respetan un desarrollo cronológico y lineal riguroso, siguiendo más bien ese "intrincado laberinto" que enuncia la introducción y que permite elaborar un montaje presidido por una visión romántica, fluida e integradora, que permita además convencer sobre la verdad de lo expuesto.

La oposición ciudad/campaña encarna un espacio que abarca el país todo, pero se particulariza en diferentes parejas que pueden cambiar de signo a lo largo del libro, aunque fundamentalmente la ciudad es el ámbito de la civilización y la campaña —cuyos ámbitos por excelencia son la pampa y los llanos—, de la barbarie. En la etapa colonial la civilización es lo español, frente a la barbarie indígena; en el período revolucionario, la civilización radica en lo europeo, el siglo XIX, el ejército disciplinado, en tanto la barbarie reside en el atraso español y en la barbarie americana. Esta oposición enfrenta también a las ciudades. Buenos Aires se opone a Córdoba a través de las siguientes parejas: siglo XIX europeo/Edad Media, apertura y libertad del puerto/claustró y catacumba, dinamismo/inmovilidad, progresismo/conservadorismo; pero Buenos Aires, con la implantación del rosismo, se impregna también de estas características bárbaras, retrógradas, en tanto que la civilización se refugia en Montevideo. Costumbres, diversiones, trabajos, vestimenta, modales, etc., son leídos desde esa perspectiva fundamental, integrándose a uno de sus términos. La campaña, por ejemplo, tiene por ámbito la pampa, el desierto, el horizonte infinito, sus pobladores hacen del caballo y del cuchillo sus herramientas básicas, de ahí la vida errante y la violencia, el hábito de la muerte. Su personaje típico es el gaucho y su ejército, la montonera. Del aislamiento y el provincialismo deriva la ideología fede-

ral. La figura del gaucho le da pie para construir ciertos tipos particulares —el rastreador, el baquiano, el gaucho malo y el cantor—, pretendidamente arquetípicos, que sirven de pivote a la aparición del hombre representativo, ya sea Rosas, Artigas, Quiroga o Lamadrid.

Sería ocioso enumerar el vasto registro de oposiciones del Facundo; discutirlas, por otra parte, también resulta ocioso, o anacrónico, ya que disponemos en la actualidad de una historiografía que ha superado las concepciones metodológicas e ideológicas que implementan la concepción sarmentina. El proceso de mitificación de las antinomias de *Facundo*, entraña un problema interesante, sin duda, pero que escapa a las posibilidades de desarrollo de este capítulo. No es ocioso apuntar, sin embargo, que ese mismo proceso evidencia, desde la perspectiva de la obra misma, su indiscutible vitalidad. De todos modos cabe decir que este ensayo de interpretación que es *Facundo*, plantea como imprescindible una visión global, de toda la nación, y una visión concreta: de allí que sea el primer escritor argentino que describe el territorio nacional, siguiendo además una línea que se acerca al enfoque de la geografía humana actual. También observa con justeza el proceso de ruralización y militarización del país luego de la Independencia. Sin embargo, es en la oposición Buenos Aires/interior, que sintomáticamente no aparece con la firmeza de articulación de las otras series, donde radica la más interesante captación de *Facundo*, que mucho debe sin duda al hecho de que su autor sea precisamente un hombre del interior —de ese interior en decadencia que describe en *Recuerdos de provincia*— cuya defensa y cuyos reclamos no son desdeñables: "Ahora que nada les queda de lo que en hombres, luces e instituciones tenían, ¿qué va a ser de ellas? La ignorancia y la pobreza, que es la consecuencia, están como las aves mortecinas, esperan"

do que las ciudades del interior den la última boqueada, para devorar su presa, para hacerlas campo, estancia.” “¿Qué le va en fomentar el interior (a Rosas), a él, que vive en medio de las riquezas y posee una aduana, que, sin nada de eso, le da dos millones de fuertes anuales?”

[Los representantes por antonomasia de la civilización son Rivadavia y el general Paz, los de la barbarie, Quiroga y Rosas. Estos dos últimos dinamizan el proceso histórico y reciben un más elaborado tratamiento literario.]

Facundo comienza con un personaje que parte, “desterrado por lástima”, como dijimos. [El enuncia el texto en la medida en que una ceremonia mágica, una cierta palabra ritual, la invocación —de eficacia avalada por siglos y civilizaciones—, permite emerger de la tumba, conjunción de polvo y sangre, la más genuína figura de la barbarie argentina: Juan Facundo Quiroga.] [La excepcionalidad, el misterio, el hábito de ultratumba, aferrados a fuertes códigos románticos y plasmados mediante poderosas antítesis, verbos dinámicos y ritmo a la vez impetuoso y solemne, dan a esta invocación —y en parte al libro entero— un tono ampuloso y teatral magistralmente logrado.] Es sin dudas unas de las mayores páginas de la literatura argentina.

Como observa con acierto Jitrik, es esta la primera presentación de Facundo. [La segunda ocurre en el capítulo V, con una doble composición, el relato (el encuentro con el tigre) y el retrato. Como la primera, esta segunda aparece atravesada por tensiones violentas y en un espacio ilimitado, en el cual se conjugan también el misterio, el terror y la fascinación. Los bramidos y la ferocidad del tigre dan también un retrato de Quiroga a través de la identidad del apelativo: el Tigre de los Llanos; en tanto la inmediata amplificación del nombre propio —Facundo, el general don Facundo Quiroga, el excelentísimo brigadier general Juan Facundo



Juan Facundo Quiroga. Litografía de Bacle



Gauche del campo bonaerense en la época en que transcurre Facundo. D'Hastral

Quiroga— resume la trayectoria del caudillo, cuya biografía se empieza a contar en este capítulo.] A su vez, el retrato, marcado por la maraña de pelos que limitan el rostro de Quiroga, tiene como centro un espacio presidido por el terror de la mirada, que metaforiza el ámbito físico del país entero—el misterio y el peligro del desierto circundado por las selvas que ya ha descripto, resuena en “las sombras espesas en que quedaba encerrada” la cara de Quiroga.

[La vida de Quiroga se cierra en el capítulo XIII con otro relato, la muerte en Barranca Yaco, que tiene el mismo ímpetu, la misma dramática, la misma violencia de las presentaciones. La naturaleza, igualmente grandiosa, confluye en la configuración de la escena. Parecía que las cataratas del cielo se habían abierto; durante tres días, la lluvia no cesa un momento, y el camino se ha convertido en un torrente. Entre el relato inicial y éste transcurre la vida privada y pública de Quiroga, arquetipo de la barbarie, que va cumpliendo los pasos típicos, según Sarmiento, de peón errante, comandante de campaña, caudillo, condición desde la cual realiza una carrera militar meteórica, caracterizada por la pasión, la violencia y el terror, la valentía. Estos rasgos, que configuran la expresión más alta del “gaucho malo”, se organizan desde un eje cuya nota fundamental es lo instintivo y lo irracional; de allí emana la fuerza del “genio bárbaro”, cuya “garra” despedaza el camino hacia la civilización del Interior; (“En estos Llanos, donde ahora veinte años pacían tantos millones de rebaños, vaga tranquilo el tigre”). Sin embargo estas tendencias de Quiroga no definen al personaje para siempre, pueden imponerse otras (“El alma de Facundo no estaba del todo cerrada a las nobles aspiraciones”), favorecidas por el cambio del medio o del momento. Es desde esta quiebra de la fatalidad que Quiroga aparece enfrentado a Rosas al apoyar la institu-

cionalización del país. La lucha entre civilización y barbarie, simbolizada en las parejas Rivadavia/Quiroga, Paz/Quiroga, atraviesa un momento de penetración de la primera en la segunda que da origen a una sustitución, Quiroga/Rosas, nueva lucha que interrumpe, sin embargo, la “bala fatal”, con que culmina la trayectoria del caudillo riojano.]

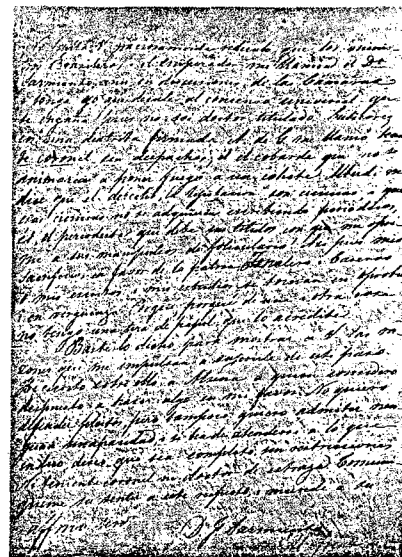
[Quiroga y Rosas aparecen con cualidades similares: ambos gauchos se imponen por el crimen y el terror por la crueldad; ambos iniciaron su carrera política como comandantes de campaña. Pero Rosas es a un tiempo la imagen perfeccionada y degradada de Quiroga. Lo que en Facundo era instinto, misterio, tendencia, en Rosas es inteligencia, cálculo frío, habilidad política. El Tigre y el brujo se han convertido en “vibora”, “lobezno”, “insecto”, en “monstruo”. El personaje ha perdido estatura dramática, la barbarie deviene fórmula, igualmente feroz y nefasta, pero sin grandeza: la sangre con que tenía sus manos Facundo se convierte ahora en pintura, en cinta colorada; el terror que estremecía y fascinaba ha degradado también a las víctimas, en la metáfora del ganado que ostenta la marca del estanciero de Buenos Aires.]

La escritura sarmientina. — Quizás distinga a la escritura de Sarmiento el modo rotundo con que señala sus recursos. La reiteración y acumulación de las convenciones elegidas, moduladas poco menos que a manotazos, producen precisamente la originalidad de su discurso. Exclamaciones, interrogaciones retóricas, intervenciones del narrador, apelaciones al lector, repeticiones, elusiones, comparaciones y metáforas estallan, podríamos decir, a cada momento, en un texto que pareciera no tolerar un tono medio. La amplificación y la hipérbole del recurso mismo producen una textura neta, en relieve, palpable casi. En ella, sin embargo, se engastan con más tre-

cuencia de lo que parece en la simple lectura, expresiones marcadas por un matiz de mediatinta, realmente memorables. Pensamos, por ejemplo, en algunas adjetivaciones: "la quietud fatiga" de Rodríguez de Francia, o "Triunfa la pampa y ostenta su lisa y velluda frente".

Se enuncia recurriendo a todo procedimiento capaz de estremecer al lector. No hasta el hecho mismo que se dice, ese referente aparece cubierto para ser mostrado por todo medio que posibilite dramatizarlo, aumentando la violencia de lo narrado con la fuerza de cómo se lo narra. Un suceso terrible puede serlo aún más si quien lo narra finge eludir el hacerlo ("Da asco y vergüenza, sin duda, tener que descender a estos pormenores, indignos de ser recordados. Pero, ¿qué remedio?") o finge arrojar al lector en el suceso mismo ("Por la puerta que deja abierta el asesinato de Barranca-Yaco, entrará el lector, conmigo, en un teatro donde todavía no se ha terminado el drama sangriento."). Narrador y destinatario aparecen dramatizados en el *Facundo*, además de la historia. Quien enuncia compone de sí una figura perfectamente perfilada: conocemos sus fatigas, sus gustos, sus arranques, su brío, sus penurias ("He necesitado andar todo el camino que dejo recorrido," "Me apresuro a exponer, por desembarazarme", o bien "Miento, que no concluye aún la fiesta"); también perfila sus múltiples destinatarios explícitos, definidos básicamente por la pasión —sus lectores son "lectores apasionados"—, con un amplio registro que incluye a argentinos, hispanoamericanos y europeos. Y aquí un desplante a Inglaterra, en respuesta a la "torpeza" de Walter Scott: "Desgraciadamente —añade el buen gringo—, prefirieron su independencia (los argentinos salvajes cuando las invasiones inglesas) nacional a nuestros algodones y muselinas". ¡Sería bueno proponerle a la Inglaterra, por ver, no más, cuántas varas de lienzo y cuán-

tas piezas de muselina daría por poseer estas llanuras de Buenos Aires!". Palabra poderosa capaz de corregir al ministro Thiers y colarse hasta "las oficinas del pobre tirano". Parejo poder y similar violencia ordena la historia relatada. Las batallas pueden contarse amplificadas o resumidas, eludiendo el triunfo del vencedor por el recurso de detenerse en las cualidades del derrotado o en el azar de la derrota, como cuando disminuye la importancia del triunfo de Quiroga en el Tala al colocar en primer plano al vencido Lamadrid. Es también interesante el montaje del relato de La Tablada, donde se destacan una vez más el ritmo y la construcción paralela que encierran las sinécdoques antitéticas —"terrible lanza" y "espada de Ituzaingó"— de valor simbólico. El narrador expresa que es innecesario relatarla ("La batalla de La Tablada es tan conocida, que sus pormenores no interesan ya"), sin embargo dedica a ella más espacio que al triunfo de Quiroga sobre Paz. Más compleja resulta la justificación de Lavalle por el fusilamiento de Dorrego: aquí Sarmiento despliega todo su bagaje para salir con bien de la empresa y vencer por una parte, de la fatalidad del acceso de Rosas al poder, y por otra, del radical remedio que quiso poner Lavalle. A veces el contraste entre fragmentos contiguos crean efectos que impresionan al lector de hoy. Valga como ejemplo la descripción de Tucumán, tan marcada por las convenciones de paisaje idílico que seguramente debe mucho en este caso a la visión de la naturaleza tropical de los viajeros ingleses al referirse a Tucumán, con su colchón de azares cubriendo el suelo y perfumando el aire; y la escena siguiente, en la cual "bellas niñas" le ruegan por la vida de los jóvenes oficiales cuyo fusilamiento es inminente, mientras Quiroga conversa, preguntándoles "mil pormenores que parecen entretenerlo y agradarle". Un final sorpresivo ("Al fin, les dice con



La caligrafía de Sarmiento



Portada de la primera edición de Recuerdos de provincia



Fray Justo Santa María de Oro. Museo Histórico Nacional

la mayor bondad: '¿No oyen ustedes esas descargas?') ha cambiado el efecto tajantemente, uniendo ambos fragmentos en un relato de humor negro.

Para concluir estas breves observaciones sobre la escritura de Sarmiento algunas referencias al léxico. Aquí también domina la pluralidad que conjugaba los otros niveles del discurso. Galicismos, arcaísmos, cultismos, lenguaje coloquial, chilenismos, ingresan siempre que sean eficaces, expresivos... Sarmiento tiene un sentido profundo del lenguaje. Es difícil que sus elecciones en la lengua de su tiempo hayan perdido hoy su vigencia, que se las sienta muertas, a pesar de que en ella quedaban muchos módismos provincianos que podían sentirse como arcaicos en centros renovadores como Buenos Aires. Él mismo reconocía y se afirmaba en esta peculiaridad: "Mi castellano es un poco colonial y no es de ponerlo al lado del castizo de Castelar. Por acá los caudillos de pueblo... completaban la frase con signos o un gesto significativo, con un ¡eh! de inteligencia o el dedo; y se les entendía perfectamente, y gobernaron por años nuevos Estados. Yo hago lo mismo, predicando en desierto, hace cuarenta años. La prueba que me entienden es que cada vez lo hacen *más peor*, modismo popular americano" (1885).

Recuerdos de provincia. — Sarmiento escribe su segunda autobiografía en un momento muy particular. Presiente el fin del rosismo y concentra sus ataques, ante los cuales Rosas reacciona con un nuevo pedido de extradición en julio de 1849, rechazado por el gobierno de Chile. *Recuerdos de provincia* responde a esta presión ciñéndose a los acontecimientos del Plata: presentes en cuanto a la difamación de su nombre por el rosismo; e inminentes, en cuanto a una nueva situación política parece abrirse ya para los exiliados, requiriendo un balance de la propia

participación en la lucha y en la elaboración del programa futuro. Esta doble perspectiva se explicita claramente en la obra. Para contener el ataque de Rosas, señala a los chilenos que su situación de desterrado es similar a la de otros chilenos que en la Argentina hallaron seguro refugio, a su exilio, pero también la hermana con la de muchos argentinos insignes ("De estos argentinos, los más ilustres, todos los que han desempeñado cargos públicos, están en el desierto o han muerto en las matanzas y en las persecuciones que les ha suscitado don Juan Manuel de Rosas..."). Por otra parte, señala a los argentinos su lucha y su aporte, no sólo a través de la exposición de la historia de su vida como vida ejemplar, nacida y transcurrida al calor de la patria, sino específicamente en la enumeración de sus obras, detalladas al final del libro, una a una, como quien cierra un curriculum. Pero, además, en el prólogo dedicaría privilegio al destinatario: sus compatriotas, "sus conciudadanos", "un centenar de personas", "los que no quieran juzgarme sin oírme, que eso no es práctica de *hombres cultos*" (la bastardilla es nuestra); a ellos dirige la reivindicación de su nombre y de su estima. Es también por ello que modera los ataques radicalizados de obras anteriores, excepción hecha del enemigo común —Rosas y las montoneras bárbaras—. Basta comparar las referencias a Córdoba, a los unitarios, a la colonia, de *Facundo* y de *Recuerdos de provincia*: aquí aparecen *atemperadas*, *marcadas* por el esfuerzo de comprensión, cuando no valorizadas a partir del afecto. Tulio Halperín Donghi, entre otros, considera que influye en este cambio —su comparación toma *Mi defensa* y *Recuerdos de provincia*— su viaje a Europa y el fracaso de la revolución de 1848, que inclinan a Sarmiento hacia una prudencia inexistente en su obra anterior ("ese doble descubrimiento agrega nuevos matices a la vieja contraposición

entre civilización y barbarie, permite sobre todo valorar de modo nuevo una tradición local cuyo provincialismo, cuya extrema simplicidad de ideales de vida están lejos de ser vistos como puros defectos”), cuyo propósito sería “el de presentarse no como un revolucionario desarraigado sino como el heredero de una larga tradición de servicio público”. El sólo mérito ha perdido valor: no es ya el hijo de sus obras y de su esfuerzo, sino el eslabón de un linaje de hombres de bien que se remonta a tres siglos, que lo califica y que contribuye a autorizar la fe, y un cierto derecho, en un futuro personal relevante.

Este proyecto nítido, rotundamente perfilado, se expresa como una particular responsabilidad y un sino compartido (“... mala estrella común a muchos hombres de mérito que tienen que levantar uno a uno los andamios de su gloria, crearse el teatro, formar los espectadores, para poder exhibirse enseguida”). Sin embargo, la amplificación de su persona es de tal calibre que mereció la crítica acerba de algunos contemporáneos de importancia. “Sólo esa vanidad ha podido inducirle a hacer lo que hombre de pluma cuerdo no ha hecho hasta ahora: a constituirse en apologista infatigable de sí mismo y a publicar con su biografía la de toda la sacra ascendencia. El hombre ha errado el tiro. Pensó conquistar así una posición excepcional única y se ha convertido en blanco del ridículo y hazmerreír de todos los hombres sensatos”, expresa Echeverría en carta a Juan Bautista Alberdi de 12 de junio de 1850, quien a su vez califica a *Recuerdos de provincia* como “grueso volumen encomiástico que no dejó dudas de que se ofrecía al país para su futuro representante”.

El proyecto anunciado da cuenta de algunos aspectos de *Recuerdos de provincia*, pero en modo alguno lo agotan; muy por el contrario, la obra ofrece perspectivas para diferen-

tes lecturas que evidencian su complejidad y su riqueza significativa.

Toda autobiografía descansa en la identificación entre autor —el ser real, referente fuera de la obra—, narrador y protagonista. Tres “yo” aparentemente superpuestos, cuyos desplazamientos y desajustes estructuran un nivel de análisis prioritario y particularmente revelador. La selección de los hechos ingresados al relato tanto como la distancia elegida entre el pasado del personaje y el presente del narrador, confluyen para articular una personalidad del autor, entendida como mito personal.

Lejos está Sarmiento de obedecer a la intimidad vertida sin trabas, a la exaltación de la sinceridad de las *Confesiones* de Rousseau: no es ese yo romántico el que aflora en *Recuerdos de provincia*. Tampoco hay aquí espacio para la melancolía, la nostalgia o el ensueño propios del romanticismo más subjetivo. La intimidad de Sarmiento, y su sinceridad, radican más bien en la posibilidad de palpar de cerca, directa y concretamente, cómo edifica su imagen, tan sin tapujos, sin pudor casi, sabiendo que así se lo percibe, asumiendo a la vez ese efecto generalmente arrogante, pero también irónico. Los episodios narrados, los comentarios apuntan a conformar un personaje definido por su capacidad para la acción, por ser hombre de ideas afianzadas en una solidez proveniente del carácter y calidad de los maestros —personas o libros—, de los estudios emprendidos y de la obra cumplida. La fuerza de su ingenio ocupa sin vergüenza el primer plano. Genio de carácter mesiánico, avalado su nacimiento por la calidad del linaje y cuya vida expresa las mejores tendencias surgidas en la patria. Su identidad se confunde con la Nación, puesto que su ser y la patria fueron engendrados a un tiempo. Espíritu independiente, valor, capacidad de mando, culto a los afectos familiares, responsabilidad civil, pasión por el progreso y el bien público son las



Caricatura de Sarmiento en *El Mosquito*



Sarmiento presidente de la República

cualidades de este personaje, probadas en actos que pocas veces dejan lugar a la duda o a la vacilación. El narrador insiste en plasmar una personalidad maciza, en bloque, como si pretendiera evitar indicios claros de inquietudes, contradicciones y desasosiegos que, sin embargo, conmueven su discurso.

Por una parte Sarmiento dice escribir su biografía ("mis apuntes biográficos sin valor por sí mismos, servirán de pretexto y de vínculo, pues que en mi vida, tan destituida, tan contrariada, y, sin embargo, tan perseverante en la aspiración de un no sé qué elevado y noble, parece retratarse esta pobre América del Sur...").

Biografía que da una visión dramática de sí, por lo que refiere, y por el reiterado uso de las interrogaciones retóricas y de las oraciones exclamativas, como imprecaciones o denuosos muchas veces, que contribuyen a conformar además una especie de titanismo en la imagen ejemplar que promueve, cuyo soporte es la concepción romántica del hombre representativo. En la cita anterior, sin embargo, se advierte una cierta inquietud, presente con frecuencia en el texto ("mientras yo sigo sin rumbo, sin blanco fijo, cediendo a impulsos que me llevan adelante") que se va entretejiendo con esa raigal afirmación de sí tanto como con la distancia irónica que también aparece como procedimiento. El acápito con que abre la obra, la célebre frase del Macbeth de Shakespeare ("Es este un cuento que, con aspavientos y gritos, refiere un loco, y que no significa nada"), vale como ejemplo de esa distancia irónica que, unida al sugestivo error de atribución —Hamlet por Macbeth—, aumenta las tensiones que de suyo crea.

Biografía, "cuento", pero sobre todo recuerdo: *Recuerdos de provincia*. La memoria y la evocación aparecen privilegiadas por la importancia del título en toda obra. La memoria remite al origen: el lugar del origen, la provincia nativa, San Juan; el

tiempo del origen, la infancia. Hay aquí un doble retorno. Desde el presente en Chile vuelve a la patria y al hogar, a una doble madre. Y a través de ellos, también al origen primero, a quienes me fundan y quienes fundan mi patria. Ambos retornos buscan seguridad ante una situación de riesgo, de peligro y carencia. *Recuerdos de provincia* comienza con una ruina y una pobreza presente ("Los edificios de la vecindad de aquellos palmeros están amenazando ruina..."), constantemente reiteradas, especialmente en la primera mitad de la obra, tanto para mostrar el resultado de la acción de Rosas (y la decadencia de San Juan con el proceso revolucionario) como para prestigiar su propia pobreza por lo menos en el nivel más visible del texto. Desde esa situación inicial memora la estirpe, "nobleza democrática", calificada por el "patriotismo y el talento", basada en los vínculos de la sangre, de la educación y del ejemplo seguido. La escritura una vieja escritura fundadora de la historia sanjuanina, "las probanzas de Mallea", abre el desfile de su estirpe a partir de la ascendencia paterna (Juan Eugenio de Mallea, Los huarpes, Los hijos de Jofré, Los hijos de Mallea). El capítulo titulado *Los Sayavedras* separa el linaje paterno del materno. Funciona además como antejemplo, como degradación de una estirpe en el indio Sayavedra ("Así las cualidades guerreras de los abuelos degeneran en vandalismo, cuando las sociedades decaen y se degeneran."), un bandido, un anti-Sarmiento, contribuyendo por oposición a definir a éste como heredero espiritual y moral de sus mayores dada su capacidad para luchar contra un medio adverso.

El linaje materno (los Albarracines, los Oro) adquieren mayor significación como imagen de sí. Los Albarracines le transfieren cualidades intelectuales ("Tienen la fama de transmitir de generación en generación aptitudes intelectuales que

parecen orgánicas”). Como su antepasado fray Miguel Albarracín sufrió la persecución del Santo Oficio, él es un perseguido por Rosas, “heredero de la Inquisición española”. Son los Oro, sin embargo, los parientes más jerarquizados. Su tío José de Oro opera como su padre espiritual (“su alma entera trasmigró en mí”). Y aunque no lo dice expresamente, parece también sentirse heredero de una cierta rareza, mezcla de excentricidad y locura que Sarmiento mira desde la excepcionalidad romántica.

El admirable retrato de Justo Santa María de Oro le permite organizar una imagen propia, desde el parecido con el retratado. Por su parte, Domingo de Oro lo califica como escritor, pues aprueba su primer escrito chileno, y califica también su escritura (le escribe que *Educación popular* es “como una máquina para empujar a obrar”). El linaje concluye con el retorno a la ascendencia paterna, cuyo cierre es el retrato del obispo de Cuyo, José M. E. de Quiroga Sarmiento.

La historia de la infancia aparece vertebrada por la figura de la madre. La imagen paterna aparece minusvalorada, teñida por la ausencia. Sarmiento olvida anotar en la obra la muerte del padre, ocurrida en 1843; cuenta en cambio la desesperación que siente en Nápoles cuando tiene el presentimiento de que su madre ha muerto. Como él, la madre responde a la herencia de un linaje, herencia espiritual y moral, del que recibe la entereza y el esfuerzo para enfrentar la adversidad y la pobreza.

Desde el afecto a la madre, Sarmiento valoriza las costumbres y el arte colonial, y provinciano, en tanto coloca el espíritu de renovación de los tiempos revolucionarios en las hermanas, en un capítulo que culmina con la muerte de la vieja higuera.

A medida que se aleja de la infancia la autobiografía se convierte en su historia intelectual y pública, historia del mérito, que empieza a pre-

sentir como insuficiente para avalar sus expectativas personales. *La vida de Franklin*, modelo de una sociedad meritocrática, comienza a resbalar de sus manos. Es ahora necesario, y quizás no alcance, “darse” un linaje. Sin embargo, el retorno arriba señalado no es solo el recurso para componer una galería de retratos donde me reconozcan y donde reconocirme: no es esta armazón metonímica de la primera parte de *Recuerdos de provincia* sólo eso. Parecen también llenar un vacío. Esa serie de figuras masculinas, fuertes y de excepción, a menudo raras, marcadas por el mestizaje, que en la línea paterna sobreviven como nombre por vía femenina —y en una inquietante dualidad: Quiroga Sarmiento— cubren un profundo vacío por donde circula la imagen de su padre ausente.

Bibliografía básica

Primeras ediciones

Facundo

El 1º de mayo de 1845 aparece en el diario *El Progreso* de Santiago de Chile el anuncio de la *Vida de Quiroga*. El 2 de mayo, nº 769, se inicia la publicación hasta junio; el 21 de julio continúa en suplemento a causa del cambio de formato del diario.

Ediciones en libro

Civilización i barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga i aspecto físico, costumbres i ábitos de la República Argentina, Santiago, Impr. del Progreso, 1945.

Civilización i barbarie, vida de Facundo Quiroga, i aspecto físico, costumbres i ábitos de la República Argentina. . . Segunda edición seguida de un examen crítico traducido de la *Revista de Ambos Mundos*, Santiago de Chile. Impr. de J. Belín y Cía., 1851. Esta segunda edición está dedicada a Valentín Alsina y en la carta dirigida a éste explica las modificaciones del texto. Suprime la "Introducción" y los dos últimos capítulos.

Facundo; civilización i barbarie en las pampas argentinas. Cuarta edición en castellano. Nueva York, D. Appleton y Cía, 1868. Prefacio de la traducción inglesa de Mrs. Horace Mann. Es ésta la tercera edición.

Facundo o civilización i barbarie en las pampas argentinas. Cuarta edición en castellano. París, Librería Hachette y Cía, 1874. Restituye la introducción y los dos últimos capítulos de la primera edición. Estuvo al cuidado de su nieto, Augusto Belín Sarmiento.

Facundo. Edición crítica y documentada. Prólogo de Alberto Palcos, La Plata, Universidad Nacional, 1938. En la sección "Documentos relacionados con el *Facundo*" incluye: Carta de Aberastain a Sarmiento; Juicios de periódicos y revistas; Notas de Valentín Alsina al libro *Civilización y barbarie*; Prefacio de la traducción inglesa; Carta de María Mann a la hija de Sarmiento; De las memorias del general Gregorio Aráoz de La

Madrid; Carta de Sarmiento al general Paz; Carta de Sarmiento a su nieto; Carta al profesor don Matías Calandrelli; *Facundo*. Civilta o barbarie —artículo de Sarmiento sobre esta traducción (1881); El día de los muertos; Sarmiento publicista. Carta al doctor Luis Varela.

Facundo. Edición anotada por la profesora Delia S. Etcheverry, precedida de un estudio de Inés C. de Monner Sans, Buenos Aires, Estrada, 1940.

Facundo o civilización i barbarie en las pampas argentinas. Fijación del texto, prólogo y apéndice de Raúl Moglia. Xilografías de Nicasio, Buenos Aires, Peuser, 1955.

Facundo o civilización y barbarie. Prólogo Noé Jitrik. Notas y cronología Nora Dottori y Susana Zanetti. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977.

Recuerdos de provincia

Recuerdos de provincia. . . Santiago. Impr. de Julio Belín y Cía., 1850. Edición al cuidado de Juan María Gutiérrez.

Recuerdos de provincia. Mi defensa y Necrologías y biografías. Santiago de Chile, Impr. Gutenberg, 1885. *Obras completas*, v. 3. Presenta un gran número de variantes con respecto a la primera edición.

Otras ediciones

Recuerdos de provincia, Buenos Aires, Sur, 1962. Prólogo de Juan Carlos Ghiano.

Sobre Facundo y Recuerdos de provincia

Albarracín Sarmiento, Carlos, "Doble destino de *Recuerdos de provincia*" en *Humanidades*, t. 37, vol. 2, Universidad de La Plata, 1961.

Alberdi, J. B., "Facundo y su biógrafo" en *Escritos póstumos*, Buenos Aires, 1895-1901, v. 5.

Alsina, V., "Notas al libro *Civilización y barbarie*", en *Facundo*, ed. crítica de A. Palcos, La Plata, 1838.

Anderson Imbert, Enrique, "El historicismo de Sarmiento en el centenario de *Facundo*" en *Estudios sobre*

escritores de América, Buenos Aires, Raigal, 1954.

Ara, G., "Estudio preliminar" a *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, Kapelus, 1953.

—"Las ediciones del *Facundo*" en *Revista Iberoamericana*, vol. 23, julio-dic. 1958, n. 46.

Carilla, E., *Lengua y estilo en el Facundo*, Tucumán, Ministerio de Educación, 1954.

Ghiano, J. C., "La forma autobiográfica en *Recuerdos de provincia*" en *Humanidades*, Universidad de La Plata, t. 37, v. 3, 1961.

Guerrero, L. J., *Tres temas de filosofía argentina en las entrañas del Facundo*, Buenos Aires, 1945.

Halperin Donghi, T., "Facundo y el historicismo romántico. La estructura de *Facundo*" en *La Nación*, 13 de marzo de 1955.

—"*Facundo* y el historicismo romántico. *Civilización y barbarie*" en *La Nación*, 23 de setiembre de 1956.

Jitrik, N., "El *Facundo*: la gran riqueza de la pobreza", prólogo a la edición de *Facundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977.

—*Muerte y resurrección de Facundo*, Buenos Aires, Centro Editor, 1968.

Levene, R., "Sarmiento, sociólogo de la realidad americana y argentina" en *Humanidades*, Buenos Aires, Universidad de La Plata, t. 26, 1938.

Martínez Estrada, E., "La inmortalidad de *Facundo*" en *Cuadernos Americanos*, vol. IV, n. 5, 1945.

Mazade, Ch. de, "Civilisation et barbarie" en *Revue de Deux Mondes*, 15 de noviembre de 1846.

Palcos, A., "Las ideas estéticas de Sarmiento" en *Nosotros*, t. 64, 1929.

—*El Facundo; Rasgos de Sarmiento*, Buenos Aires, Elevación, 1945.

Rodríguez Bustamante, N., "Aspectos sociológicos y filosóficos del *Facundo*" en *Revista de la Universidad de La Plata*, octubre-dic. 1957.

Weinberg, Gregorio, "Estudio preliminar" en *Facundo*, Buenos Aires, Centro Editor, 1979.